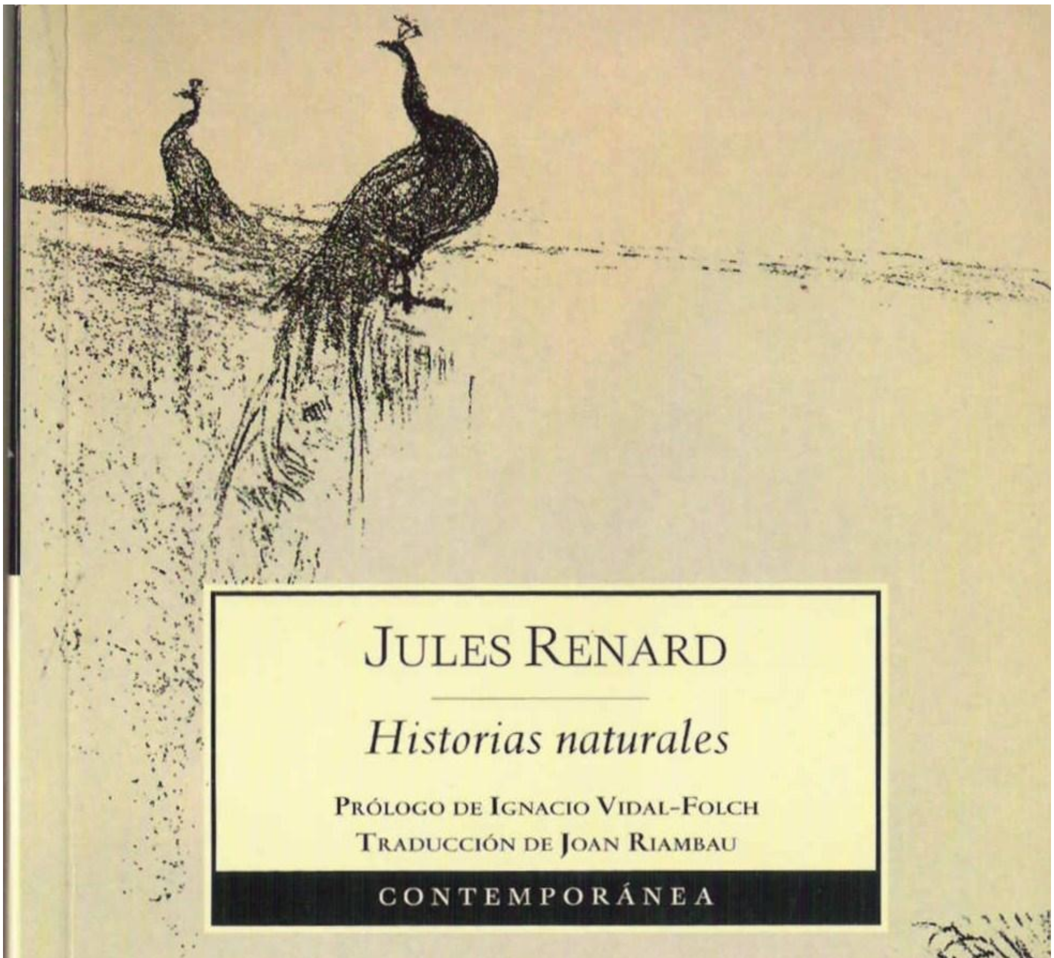


JULES RENARD

Historias naturales

PRÓLOGO DE IGNACIO VIDAL-FOLCH
TRADUCCIÓN DE JOAN RIAMBAU

CONTEMPORÁNEA

DEBOLSILLO

JULES RENARD

Historias naturales

Traducción de
Joan Riambaud
Prólogo de
Ignacio Vidal-Folch
ilustraciones de
Henri de Toulouse-Lautrec

Jules Renard (1864-1910) nació en Chálons-du-Maine y murió en París. En la capital francesa frecuentó la bohemia que reunía a talentos como Schwob, Gide, Claudel y Valéty. Se dedicó al periodismo, pero fue en la prosa narrativa, que publicó de forma fragmentaria en diarios y revistas, donde transcribió literariamente lo vivido: sus experiencias de infancia, la observación de ambientes naturales y humanos, la atmósfera de su época. Pronto se convirtió en uno de los escritores más leídos y respetados de su tiempo. Es el autor de dos libros clásicos de la literatura francesa: la novela Pelo de Zanahoria (1894) y las Historias naturales (1896). Al final de su vida se retiró a la campiña, donde produjo buena parte de su famoso Diario, admirado por escritores como Josep Pla o Paul Morand.

Prólogo

EL BESTIARIO DE RENARD

Como miembro de la Academia Goncourt y del jurado, Renard contribuyó decisivamente con su voto a que Les Provinciales ganase el premio, entonces prestigioso, que concedía esta distinguida sociedad de literatos y además, invitó al autor a visitarle en su domicilio de la rue du Rocher. Al presentarse allí, lleno de gratitud y de los mejores propósitos, Jean Giraudoux, que tenía 27 años y conocía perfectamente la reputación de Renard, esperaba encontrarse con un cuarentón ingenioso y alerta, figurón conocido y respetado en la comunidad literaria, autor de una obra delgada pero prestigiosa, un hombre en la plenitud de la edad y en posesión de un humor ácido a veces afilado como puñal. Quizá con la roja insignia de caballero de la legión de honor en la solapa de su chaqueta.

En vez de eso se encontró a un hombre envejecido, físicamente exhausto, en vísperas de una muerte prematura, que se produciría en mayo del año siguiente. Jules Renard tenía una bien gana da reputación de hombre introvertido, lacónico y desconfiado, y eso hizo todavía mas extemporánea y sorprendente la confidencia de écorché vif, de desollado en vida, que le hizo al joven autor desconocido. Así lo cuenta Giraudoux:

«Creo que le visité en mal momento. Jules Renard sufre alguna contrariedad. Me habla distraídamente. Presento excusas, le digo que ya volveré otro día.

»—¿Qué día?

»—Un día en el que usted esté menos ocupado. »—No estoy ocupado —me dice— Soy desdichado. No En mi casa todos están bien Mi mujer me ama, mis hijos son muy agradables Mis amigos son devotos. Mi obra teatral está teniendo éxito. Mis libros se venden. Hasta el perro de la portera me adora. La familia, la amistad, el trabajo, todo me sale bien. Pero soy un desdichado. No. Estoy bien. Gracias. Me gusta desayunar, comer, cenar. Me gusta la primavera, y el verano, y el otoño, y el invierno. Ningún encanto del mundo se me niega. En los museos, disfruto de las obras maestras al cien por cien. Tengo todo lo que se necesita para hacer frente a la desgracia he sido dotado de ironía, de malicia, de estilo. Y sé frenar maravillosamente bien cualquier clase d ataque personal, he puesto freno a la soledad cor una mujer, una hija y un hijo; a la incomprensión, con Mirbeau, Tristan Bernard y Suzanne Desprès. Pero soy desdichado. No hay remedio. Y para que yo llegue a decirle a quemarropa cuánto lo soy, a usted, al que hace diez minutos no conocía, es que no hay remedio. En cualquier caso, me tranquiliza no tener que representar ante usted el papel del hombre c*omblé* y satisfecho. Un minuto en el que no estoy sonriente, agradecido y amistoso, en el que me descargo de todos estos fardos de hombre feliz que llevo a cuestas erróneamente, no lo tengo muy a menudo. Así que le agradezco que sea usted un desconocido, y como

nunca volverá a visitarme, no me molesta que alguien considere que al yerme ha visto a la misma infelicidad.»

El joven autor debió de quedar estupefacto. Él no podía saber, como sabemos nosotros, sus lectores póstumos, que esas confidencias extravagantes, que debieron impactarle en cualquier caso las anotó sin más comentarios— eran la prolongación verbal de las notas que Renard había ido tomando a lo largo de toda su vida como adulto en su Diario, pensamientos nihilistas, que atraviesan desde el principio al final el Diario como una veta en forma de permanente, desafecto examen de sí mismo, constatación de la decepción: no sólo la vida no basta y por eso necesitamos también el arte, sino que tampoco el arte basta. Esa insatisfacción sin motivo «objetivo», ese perpetuo malestar con el propio yo y con el mundo es la columna vertebral del *Journal*, de la vida de Renard, y lo que hace tan moderna su mirada de burgués desilusionado. Brota del desajuste entre la vitalidad de la propia ambición (que en el caso de Renard podría resumirse en el deseo de escribir páginas perfectas, el deseo de reconocimiento y éxito social, el deseo de hacer el bien a los demás, el deseo de que el mundo fuese menos cruel) y la simultánea conciencia lúcida de la pequeñez e insignificancia universal de esas ambiciones, de sus fracasos y logros... Sobre todo, comparados con una postrera ambición, o deseo, demasiado grande, imposible de realizar, imposible incluso de formular, y que tiene que ver con la trascendencia, con cierta inclinación a detectar la presencia de un misterio en la belleza del mundo sensible. Renard no podía creer en él pero alude a ese misterio en ciertas páginas de las Historias naturales, la mayor parte de las veces por defecto, pero también bajo la forma de oraciones panteístas, como por ejemplo en la famosa página «Una familia de árboles»:

siente que ésa es su verdadera familia, que sien do uno de ellos se sentiría muy a gusto, pues él, como los árboles ya sabe mirar las nubes que pasan, sabe quedarse quieto y casi sabe callarse.

La de Renard es una literatura del yo, de un yo lacerado en la infancia, un yo misántropo, de claradamente en su *Diario* y veladamente en sus composiciones literarias y teatrales, donde se re viste de disfraces transparentes, como el del niño *Poil de Carotte*, el muchacho parasitario de *L'écornifleur* o el amante de *La maîtresse*. Tenía poca imaginación novelesca, o bien, según aseguran sus exégetas más cordiales, desconfiaba de ella y la tenía en poco, entre otros motivos porque le parecía que después de Flaubert y sobre todo de Víctor Hugo, al que tanto admiraba, ya no valía la pena insistir en la erección de tramoyas novelescas. Después de los inaugurales intentos de *Crimen de Village* y *Les cloportes*, donde levan ta andamiajes tradicionales, con la correspondiente intriga, personajes y conflictos, en adelante sus textos serán muy eficientes y logrados pero ya no se sustentarán en una estructura dramática convencional, sino los unos en los otros por yuxtaposición de escenas hasta formar un clima; va dibujando a los personajes desde distintos ángulos, en distintos escenarios, hasta que sencilla mente ya no le queda nada más que decir sobre ellos, y entonces les conduce a un desenlace más o menos apresurado. Coherentemente con esta falta de imaginación, real o ficticia, y con esta dinámica ultrarrealista, ciñó su proyecto literario a la traslación de su propia historia familiar y de su mundo inmediato a los libros; quiso que ese

mundo cristalizase en obra de arte mediante la mayor autenticidad y el estilo más desnudo, depurado, exacto, precioso pero libre de volutas retóricas; lo que quiere decir también libre de todo filisteísmo. La concisión y desnudez del estilo le obligaban a la sinceridad.

Escribió su familia, escribió los campesinos con los que trataba, escribió los animales que observaba y sobre todo se escribió a sí mismo, lo que pensaba de todo ello y lo que sentía. El escrúpulo de que un exceso de ternura y afecto a todo eso que formaba su mundo le hiciese ser demasiado benigno, y por ende edulcorar los retratos, faltando a la verdad, o sea el temor a caer en la complacencia literaria, o sea, a fin de cuentas, en la mala literatura, a veces le empujaba a una severidad sarcástica. Así, cuando escribe las piezas de sus *Historias naturales*, después de leídos y profusamente anotados los volúmenes de la *Historia natural* de Buffon, quien se negaba a comprender bajo el nombre genérico de ave de corral a «un pájaro tan considerable y distinguido» como el cisne; y después de haber leído también las innumerables idealizaciones del cisne en las alegorías de los poetas simbolistas y románticos - el cisne sentimental, el cisne en el lago con balaustrada y sauce llorón, el cisne lánguido, soberbio y pensativo de Prudhomme, el cisne «ridículo sublime» de Baudelaire—, se vio moralmente ob1igado a poner las cosas en su sitio. En uno de las capítulos antológicos de este libro, muestra al cisne en el lago, tratando de pescar el reflejo de las nubes pasajeras en el agua... ¿Morirá, víctima de esta ilusión, antes de atrapar ni un solo pedazo de nube? ¡Quiá! Renard vuelve en sí de su fingido ensueño lírico: «Pero ¿qué estoy diciendo?», y cuenta lo que de verdad sucede: cada vez que el cisne hunde el cuello en el agua, «remueve el cieno con el pico y pilla un gusano». Después de darnos esta información podría colocar el punto final, pero viene un punto y aparte para realzar el énfasis del último hachazo, la frase lapidaria:

«Engorda como una oca».

Había pasado la infancia en el campo, en la localidad de Chitry, en la región de la Borgoña. Eran unas cuarenta casas a orillas del río Yonne, con una iglesia románica y un albergue, y a lo lejos un castillo, entre prados y bosques en donde el padre de Jules, alcalde del pueblo y proveedor de trabajos públicos, le enseñó el amor a la naturaleza y a cazar perdices y liebres con la escopeta con la que en 1897, paciente de una enfermedad muy dolorosa, se quitaría la vida, en el dormitorio de su propia casa. Pese a la comprensión y apoyo que el padre manifestó siempre hacia sus tres hijos y especialmente hacia Jules el ambiente familiar debió ser muy desagradable, lúgubre. El padre era un hombre discreto, taciturno, destacado francmasón, librepensador, mal casado con una mujer ultracatólica, con la que a consecuencia de sus desencuentros dejó de hablar, pasando a comunicarse con ella mediante notas que le escribía en una pizarra. Jules Renard reprochaba a su madre la frialdad cruel con que supuestamente le trató de niño, y siempre sintió por ella un odio complejo. Doce años después del suicidio de su marido, la viuda Renard se cayó, o se tiró al pozo de la casa de Chitry en 1909.

Jules había estudiado el bachillerato como pensionado en Nevers, donde se descubrió una vocación literaria y convenció a su padre de que en vez de forzarle a cursar estudios universitarios le financiase una vida de bohemio en París hasta

que pudiera abrirse camino por su cuenta con sus escritos. En París frecuentó los cenáculos simbolistas, las redacciones y los teatros, contribuyó con sus artículos a varios periódicos, repartió su tarjeta de escritor, pero la vida en la gran ciudad le desagradaba y en cuanto pudo despreocuparse del ganapán diario, casándose en 1886 con una rica heredera, volvió con ella a su tierra, alquiló una casa en Chaumot, a dos kilómetros de Chitry y al otro lado del río, y a seis horas en tren de París. Allí pasarían buena parte de los años por venir.

Renard se proponía vagamente escribir algún día un libro en el que metería todo Chitry; sería «una suma del pueblo desde el alcalde —que era su padre, y luego, él mismo— «hasta el cerdo». Finalmente ese libro totalizador se repartió entre varios títulos, y el cerdo y demás fauna de los corrales, las cuadras y los bosques de Chitry fue ron objeto de delicadas miniaturas en las páginas del suplemento literario de *Le Figaro*, en *Le Magazine Littéraire,* en *Paris-Journal* y otras de las publicaciones periódicas a las que Renard nutría con sus cuartillas, antes de reunirse en este magnífico bestiario.

Sea precisamente por esa publicación en periódicos y formatos diferentes, o por la libertad absoluta que Renard se concedía sí mismo en cuanto a estructura de los libros —se ha dicho abusivamente que no escribía libros, sino páginas; y en realidad más que páginas, líneas; y que cuan do había escrito las suficientes líneas para llenar un volumen, las llevaba a encuadernar— el carácter y extensión de las historias es muy diverso. Algunas se limitan a una imagen, a una metáfora, otras componen un relato costumbrista, otras un poema en prosa o una escena humorística. Esa disparidad se extiende a la opinión crítica que merecieron. Algunos de sus contemporáneos las consideraban relamidas. Otros, en cambio, consideran que aquí la pluma de Renard, a menudo helada y compasiva, melancólica y distante, siempre precisa, levanta una formidable representación; no sólo del campo y sus criaturas, de sus seres estabularios, sumisos, resignados a una vida de servidumbre, sino, como en los bestiarios animales, también de la naturaleza humana.

IGNACIO VIDAL-FOLCH

Historias naturales

El cazador de imágenes

Salta de su cama de buena mañana y sólo parte si su mente está clara, su corazón puro y su cuerpo ligero cual prenda estival. No lleva consigo provisión alguna. Beberá aire fresco por el camino y aspirará los olores saludables. Los ojos le sirven de red en la que caen presas las imágenes.

La primera que cautiva es la del camino que muestra sus huesos, guijarros pulidos, y sus rodadas, venas hendidas, entre dos setos ricos en moras y endrinas.

Apresa seguidamente la imagen del río. Blanquea en los recodos y duerme acariciado por los sauces. Espejea cuando un pez se voltea sobre el vientre, como si se hubiera lanzado una moneda, y en cuanto llovizna se le pone carne de gallina.

Atrapa la imagen de los trigales móviles, de la apetitosa alfalfa y de los prados bordeados de riachuelos. Y al vuelo caza el aleteo de una golondrina o de un jilguero.

Se adentra en el bosque. Él mismo ignoraba que poseyera tan delicados sentidos. Al cabo de poco, impregnado de perfumes, no se le escapa ningún rumor, por sordo que éste sea, y para comunicarse con los árboles sus nervios se enzarzan con las nervaduras de las hojas.

Pronto se siente tan vibrante que le parece que perderá el sentido, percibe demasiado, fermenta, tiene miedo, abandona el bosque y sigue a distancia a los leñadores que regresan al pueblo.

Fuera contempla durante un instante, hasta que le estalla el ojo, el sol que al ponerse se desprende de sus luminosos ropajes sobre el horizonte y esparce nubes aquí y allá.

Finalmente, de nuevo en su casa, con la cabeza repleta, apaga la luz y antes de dormirse se recrea contando sus imágenes durante un buen rato.

Renacen dóciles a merced del recuerdo. Cada una de ellas despierta a otra y las recién llegadas hacen que aumente sin cesar ese tropel fosforescente, al igual que las perdices perseguidas y divididas durante todo el día cantan al atardecer, al abrigo del peligro, y se llaman las unas a las otras desde los surcos.

La gallina

En cuanto le abren la puerta, salta del gallinero con las patas juntas.

Es una gallina corriente, modestamente engalanada y que jamás pone huevos de oro.

Deslumbrada por la luz, titubeante, da unos pasos por el corral.

Lo primero que ve es el montón de cenizas en el que tiene por costumbre retozar cada mañana.

Se revuelca y se sumerge en él y, con un enérgico batir de alas, las plumas henchidas, se sacude las pulgas de aquella noche.

Luego se acerca a beber del cuenco que la última lluvia llenó.

Sólo bebe agua.

Bebe con breves tragos y yergue el cuello,

manteniendo el equilibrio sobre el borde del cuenco.

A continuación busca su alimento esparcido por doquier.

A ella pertenecen las finas hierbas, los insectos y las semillas perdidas.

Infatigable, picotea una y otra vez.

De vez en cuando, se detiene.

Tiesa bajo su gorro frigio, ojo avizor, con su buche prominente, escucha con una y otra oreja.

Y, una vez ha comprobado que no hay novedades, se lanza de nuevo a su búsqueda.

Alza muy alto sus patas rígidas, como los que padecen gota. Separa los dedos y los posa con precaución, sin hacer ruido

Diríase que camina descalza.

Gallos

I

Jamás ha cantado. Nunca ha dormido en un gallinero ni ha conocido a una gallina.

Es de madera, tiene una pata de hierro en medio del vientre y, desde hace muchísimos años, vive en lo alto de una de esas antiguas iglesias que ya nadie osa construir. Parece una granja y el caballete de sus tejas esta alineado tan recto como el lomo de un buey.

De repente, al otro extremo de la iglesia aparecen unos albañiles.

El gallo de madera los contempla, mas de golpe una ventolera le obliga a volverse de espaldas.

Y, cada vez que se da la vuelta, nuevas piedras le obstruyen un poco mas su horizonte.

Al cabo de poco, de una sacudida, alzando la cabeza, vislumbra en la cima del campanario que acaban de terminar a un joven gallo que aquella mañana no estaba allí. Ese extraño luce su cola erguida, abre el pico como los que cantan y con un ala al costado, flamante, centellea al sol.

Primero los dos gallos se enfrentan en combate para ver cual de ellos tiene mayor movilidad, pero el viejo gallo de madera se cansa pronto y se rinde. La viga bajo su único pie amenaza ruina. Se inclina, rígido, a punto de caerse. Rechina y se detiene.

Y en esas, llegan los carpinteros.

Derriban esa esquina carcomida de la iglesia, bajan al gallo y lo pasean por el pueblo. Todos pueden tocarlo a cambio de un obsequio.

Unos dan un huevo, otros dinero, y la señora Loriot una moneda de plata.

Los carpinteros beben unos buenos tragos y, tras disputarse el gallo, deciden quemarlo.

Prenden fuego al nido de paja y de leña que le han preparado.

El gallo de madera chisporrotea y su llama asciende al cielo que tanto se merece.

II

Cada mañana, al saltar del palo, el gallo mira para ver si el otro aun esta allí... y el otro siempre esta allí.

El gallo puede vanagloriarse de haber derrotado a todos sus rivales sobre la tierra... pero el otro es el rival invencible, fuera de su alcance.

El gallo grita y grita, llama, provoca, amenaza... pero el otro no responde mas que cuando le conviene y al principio no responde.

El gallo se pavonea, hincha su nada desdeñable plumaje, con unas plumas azules y otras plateadas... pero el otro, sobre fondo azur, es de oro reluciente.

El gallo reúne a las gallinas y marcha a la cabeza de estas. Así son las cosas: le pertenecen, todas le aman y le temen... pero al otro lo adoran las golondrinas.

El gallo se prodiga. Deposita aquí y acullá sus vírgulas de amor y celebra triunfalmente con un tono agudo esas nimiedades. Pero el otro se casa y las campanas repican a boda pueblerina.

El celoso gallo se yergue sobre sus espolones para un combate supremo; su cola parece la esquina de una capa que una espada levanta. La sangre le ha subido a la cresta y desafía a todos los gallos del cielo... pero el otro, que no teme enfrentarse a los vientos de tormenta, juguetea en ese momento con la brisa y le da la espalda.

Y el gallo se exaspera hasta que el día acaba.

Una a una, regresan sus gallinas. Se queda solo, ronco, reventado, en el corral ya a oscuras... mientras el otro aun resplandece bajo los últimos destellos del sol y canta, con su voz pura, el pacífico ángelus vespertino.

Patos

I

La pata se dirige la primera, cojeando de las dos patas, a chapotear al agujero que conoce.

El pato la sigue. Lleva las puntas de las alas cruzadas a su espalda, y también cojea de las dos patas.

Y el pato y la pata caminan taciturnos como si se dirigieran a una cita de negocios.

Primero la pata se deja resbalar hasta el agua fangosa en la que flotan plumas, excrementos, una hoja de parra y paja. Casi ha desaparecido. Espera. Esta lista.

Y el pato, a su vez, entra. Ahoga sus ricos colores. Solo puede verse su cabeza verde y el caracol trasero. Ambos se encuentran ahí la mar de bien. El agua esta caliente. Nadie la vacia nunca y solo se renueva los dias de tormenta.

El pato, con su pico piano, mordisquea y ase la mica de la pata. Se agita durante un instante y el agua es tan espesa que apenas se estremece. Y pronto, una vez calmada, el agua refleja en negro un rincón de cielo puro.

El pato y la pata no se mueven. El sol los cuece y los adormece. Uno podría pasar junto a ellos sin verlos. Solo unas pocas burbujas de aire que estallan sobre el agua estancada denuncian su presencia.

II

Frente a la puerta cerrada duermen los dos, juntos y a todo lo largo, como el par de zuecos de una vecina en casa de un enfermo.

Pavas

I

Se pavonea por el corral como si viviera bajo el antiguo régimen.

Las demás aves de corral no hacen mas que comer, cualquier cosa, en cualquier momento. Ella, entre sus comidas regulares, solo se preocupa por su aspecto. Todas sus plumas están almidonadas y con las puntas de las alas raya el suelo como si quisiera trazar su propio camino: por ahí anda ella.

Saca tanto pecho que jamás alcanza a verse las patas.

No desconfía de nadie y, en cuanto me acerco a ella, se imagina que quiero rendirle pleitesía

Grazna con orgullo.

—Noble pava —le digo—, si fuerais una oca, os escribiría una loa, como hizo Bouffon, con una de vuestras plumas. Pero no sois mas que una pava...

Me imagino que he debido de vejarla, pues le sube la sangre a la cabeza. Del pico le cuelgan racimos de ira. Se pone colorada. Hace restallar con un golpe seco el abanico de su cola y la vieja arpía me vuelve la espalda.

II

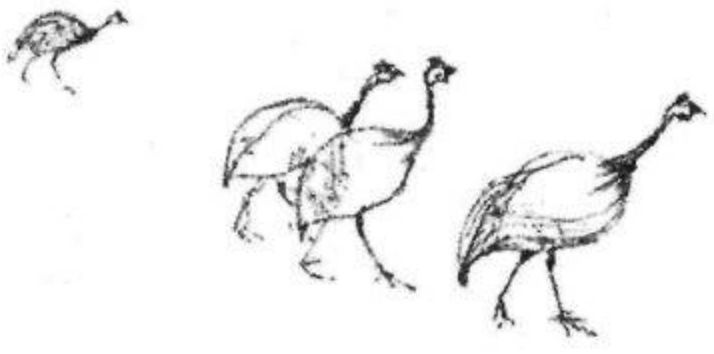
Por el camino, ahí está el internado de las pavas. Cada día, haga el tiempo que haga, salen de paseo.

No temen a la lluvia, pues nadie se arremanga como una pava, ni al sol, pues una pava jamás sale sin su sombrilla.

La pintada

Es la jorobada de mi corral y por culpa de su condenada joroba anda siempre buscando camorra. Las gallinas no le dicen nada: bruscamente, se precipita sobre ellas y las acosa.

Luego baja la cabeza, inclina el cuerpo y con toda la velocidad que sus delgadas patas le permiten corre para golpear con su pico duro justo en el centro de la rueda de una pava. Esa pretenciosa la molestaba. Y así es como, con la cabeza amoratada, la barbillas en carne viva, patriotera, se pasa de la mañana a la noche encorajinada. Se pelea sin motivo, quizá porque se imagina que siempre se ríe de su tamaño, de su cráneo calvo y de su cola baja. No cesa de lanzar un grito discordante que atraviesa el aire como una flecha.



A veces se va del corral y desaparece. Les deja un momento de respiro a las pacíficas aves de corral, pero regresa aún más turbulenta y escandalosa. Y frenéticamente se lanza al suelo.

¿Qué le sucede?

La muy pilla ha gastado una broma.

Ha ido a poner su huevo en el campo.

Si me apetece ya puedo ir a buscarlo.

Se revuelca de risa sobre el polvo, la condenada.

La oca

Tiennette querría ir a Paris, como las otras muchachas del pueblo. Pero ¿acaso es capaz de cuidar de sus ocas?

La verdad es que mas que guiarlas, las sigue. Corretea, maquinalmente, tras su bandada y confía en la oca de Toulouse que tiene la mentalidad de un adulto.

La oca de Toulouse conoce el camino, las buenas hierbas y sabe a que hora hay que regresar.

Es mas valiente que el ganso y protege a sus hermanas del perro malvado. Su cuello vibra y serpentea a ras de suelo y luego se yergue y domina a la asustada Tiennette. En cuanto las cosas se solucionan, celebra su triunfo y con voz nasal canta que sabe gracias a quien reina el orden.

No tiene duda alguna de que las cosas aún podrían irle mejor.

Y, una noche, abandona la región. Se aleja por la carretera, con el pico al viento, las plumas pegadas al cuerpo. Algunas mujeres con las que se cruza no se atreven a detenerla. Camina tan de prisa que atemoriza a su paso.

Y mientras Tiennette, que se quedó allá, acabo por aborregarse y por asemejarse tanto a las ocas que ya no se distinguía de ellas, la oca de Toulouse llegó a Paris.

Las palomas

I

Aunque provoquen sobre la casa un ruido de tambor sordo;
salgan de la sombra, volteen, centelleen al sol y retornen a la sombra;
su cuello fugitivo viva y muera cual ópalo en el dedo;
se duerman, al atardecer, en el bosque tan arrebujadas que la rama mas alta del roble amenace romperse bajo tan pesada carga de frutos coloreados;
y dos de ellas intercambien frenéticos saludos y bruscamente, la una a la otra, se convulsionen;
o aquella regrese del exilio, con una carta, y vuele como el pensamiento de nuestra lejana amiga (¡Ah, una prenda!);

todas esas palomas que al principio te divierten acaban por aburrirte.

No sabrían comportarse y los viajes no contribuyen a su educación.

Durante toda su vida son un poco cerriles. Se obstinan en creer que los niños se hacen con el pico.

Y, a la larga, esa manía hereditaria de tener siempre en la garganta algo que no se acaban de tragar, se vuelve insoportable.

II

LAS DOS PALOMAS: Ven, gorrrrrda..., ven, gorrrrrda... ven, gorrrrrda...

El pavo real

Probablemente hoy se va a casar.

Ya tendría que haberse casado ayer. Estaba listo, vestido de gala. Solo esperaba a su novia. Y no se presentó. No puede tardar.

Se pasea, glorioso, con aires de príncipe indio y lleva los ricos presentes al uso. El amor realza el resplandor de sus colores y su copete tiembla como una lira.

La novia no llega.

Sube a lo alto del tejado y mira hacia el sol. Lanza su grito diabólico:

—jLéon! jLéon![1]

1. *Léon* es una onomatopeya del grito del pavo y a la vez una sarcástica referencia al politico francés Léon Gambetta (1838-1882). *(N. del T.)*

Así llama a su novia. No alcanza a distinguir que alguien se aproxime y nadie le responde. Las aves de corral, que ya están acostumbradas, ni siquiera alzan la cabeza. Se han cansado ya de admirarlo. Baja de nuevo al corral, tan seguro de su belleza que es incapaz de sentir rencor.

La boda será mañana.

Y, al no saber que hacer el resto del día, se dirige hacia la escalera y sube los peldaños con paso ceremonioso, como si fueran las escaleras de un templo.

Alza su traje de cola, tan pesado debido a los ojos que de ella se han quedado prendados.

Ensaya de nuevo la ceremonia.

El cisne

Se desliza sobre el estanque cual trineo blanco, de nube en nube. Solo esas nubes algodonosas que ve nacer, moverse y perderse en el agua le despiertan el apetito. Desea una de ellas. Apunta con el pico y sumerge repentinamente su cuello vestido de nieve.

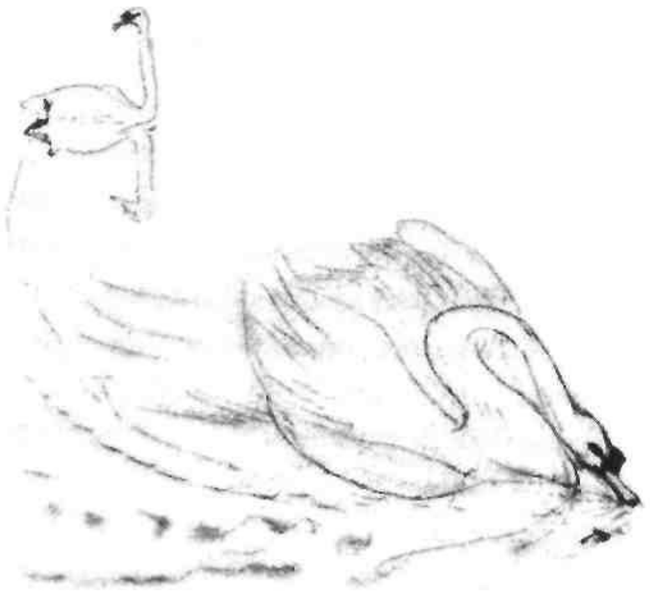
Luego, cual brazo femenino que saliera de una manga, se retira.

No tiene nada.

Observa: las asustadas nubes han desaparecido.

Solo permanece desconcertado durante un instante, pues poco tardan las nubes en regresar, y allá, donde mueren las oscilaciones del agua, ya puede verse como se forma una.

Sosegadamente, sobre su ligero cojín de plumas, el cisne rema y se aproxima...



Se extendía pescando vanos reflejos y seguramente morirá, víctima de tal ilusión, antes de que pueda atrapar un retazo de nube.

¿Qué estoy diciendo?

Cada vez que se sumerge, rebusca con el pico en el lodo nutritivo y consigue un gusano.

Se está cebando como una oca.

El perro

Con este tiempo, a Picudo no se le puede sacar afuera y el agrio silbido del viento bajo la puerta le obliga incluso a abandonar su felpudo. Busca mejor acomodo y desliza su cabeza entre nuestros asientos. Pero nosotros nos inclinamos, apretados, codo a codo, hacia el fuego, y le doy un guantazo a Picudo. Mi padre lo aparta con el pie. Mamá lo insulta. Mi hermana le tiende un vaso vacío.

Picudo estornuda y se va a la cocina en busca de compañía.

Regresa, atraviesa a la fuerza nuestro circulo arriesgándose a ser estrangulado por las rodillas y se instala en un rincón del hogar.

Tras dar varias vueltas sobre sí mismo, acaba por acomodarse junto al morillo y ya no se mueve. Observa a sus dueños con tan dulce mirada que no hay quien pueda hacerle reproche alguno. Sin embargo, el morillo casi incandescente y las cenizas apartadas le queman el trasero.

Y a pesar de ello, ahí se queda.

Le abrimos paso.

—¡Venga, largate! ¡Serás tonto!

Pero se obstina. Cuando los dientes de los perros abandonados rechinan de frío, Picudo, calentito, con el pelo chamuscado y los muslos asados, reprime su aullido y ríe de dientes afuera, con los ojos llenos de lagrimas.

Los perros

Los dos perros que se habían acoplado allá, al otro lado del canal, y a los que Gloriette y yo, desde nuestro banco, no podíamos ignorar nos ofrecían el espectáculo de un grotesco y doloroso amancebamiento cuya ruptura se eternizara, hasta que a su lado llego Coursol. Conducía a sus ovejas junto al canal y llevaba al hombro un tronco que había recogido por el camino para calentarse durante el invierno.

En cuanto vio que uno de los perros era suyo, lo atrapó por el collar y, sin prisas, dejo caer el tronco sobre el otro perro.

Al ver que los dos animales no se separaban, Coursol, entre las ovejas que se habían detenido, golpeó mas fuerte. El perro aulló sin poder separarse. Se oyeron resonar entonces los golpes de la madera sobre el espinazo.

—¡Pobres animales! —exclamo Gloriette.

—Así se les trata en esta región —dije— y me sorprende que Coursol no los arroje al canal. El agua sería un remedio más rápido.

—¡Que pedazo de bruto! —dijo Gloriette.

—¡Que va! Coursol es un hombretón pacífico.

Gloriette reprimía sus chillidos. Yo sentía tanto asco como ella, pero estaba acostumbrado.

—¡Ordénale que pare! —dijo Gloriette.

—Está lejos, no me oirá.

—¡Ponte en pie! ¡Hazle señales!

—Si llegara a comprenderme me diría, sin enfadarse: «¡Acaso se puede dejar a unos perros en este estado?».

Gloriette miraba, lívida, con los labios abiertos, y Coursol seguía golpeando al perro encorvado.

—¡Esto es atroz! ¿Quieres que me vaya? —dijo Gloriette, presa del pudor—. ¡Así podrás rebelarte contra este miserable!

Iba a responderle con alguna obviedad, alguna cosa del género: «No están en nuestro pueblo!», cuando un último bastonazo, que hubiera podido dejarlos sin sentido, logró separar a los animales. Coursol, que había actuado de la manera más apropiada, empujó a sus ovejas hacia el pueblo. Los perros, libres, se quedaron un rato el uno junto al otro. Giraban, apesadumbrados, sobre sí mismos, unidos aún por el recuerdo.

Dédèche ha muerto

Era el pequeño grifón de la señorita y todos le queríamos.

Conocía las artes de arrebujarse en cualquier lugar e incluso sobre una mesa parecía que durmiera en el seno de un nido.

Acabo por comprender que la caricia de su lengua se nos había vuelto desagradable y ya solo nos acariciaba con su pata, en la mejilla, delicadamente. Bastaba con protegerse el ojo.

Se reía. Durante mucho tiempo creímos que era su manera de estornudar, pero en verdad se trataba de una risa.

A pesar de que jamás sufrió penas profundas, sabía llorar, es decir gruñir con la garganta, con una gota de agua pura en el rabillo de sus ojos.

En algunas ocasiones se había perdido y había vuelto solo a casa, demostrando tanta inteligencia que intentábamos añadir a nuestras exclamaciones de júbilo algunas muestras de aprecio.

Claro está que no hablaba, a pesar de nuestros esfuerzos. En vano le decía la señorita:

—¡Vamos, si pudieses hablar aunque fuera solo un poquitín!

Él la miraba, estremeciéndose, tan sorprendido como ella. Hacía señales con la cola, y abría sus mandíbulas sin ladrar. Adivinaba que la señorita esperaba algo más que un ladrido, y la palabra se hallaba en su corazón, dispuesta a ascender a

la lengua y a los labios. Habría acabado por ofrecerla pero, desgraciadamente, ¡aún no le había llegado la edad!

Una noche sin luna, en el campo, mientras Dédèche andaba en busca de amistades junto al camino, un perrazo al que no se pudo reconocer, probablemente de un cazador furtivo, atrapó de un bocado aquella frágil bola de seda, la sacudió, la estrujó, la rechazó y huyó.

¡Ay, si la señorita hubiera podido atrapar a aquel perro feroz, morderlo en el cuello, revolcarlo y ahogarlo entre el polvo!

La herida que los colmillos le habían causado a Dédèche sanó, pero en los riñones le quedó una dolorosa debilidad.

Empezó a orinarse por todas partes. En el exterior orinaba como una fuente, tanto como podía, alegre por descargarnos de una preocupación, y nada mas entrar ya no podía contenerse. A la que volvamos la espalda, él volvía la suya a los pies de un mueble y la señorita profería su monótono grito de alarma:

—¡Una esponja! ¡Agua! ¡Azufre!

Nos encolerizábamos, reñíamos a Dédèche con tono amenazador y le pegábamos con violentos gestos que no le alcanzaban, y su mirada nos respondía:

—Ya lo sé, pero , ¿qué puedo hacer?

Seguía siendo amable y simpático, pero a veces se encorvaba como si sintiera sobre su espinazo los dientes del perro del cazador furtivo.

Y su olor acabó por inspirar comentarios a los amigos menos espirituales.

¡Incluso el corazón de la señorita acabó por endurecerse!

Hubo que matar a Dédèche.

Es muy sencillo: se hace una incisión en un pedazo de carne, se introducen dos polvos, uno de cianuro de potasio y el otro de ácido tártrico, y se cose con hilo muy fino. Se da una primera bolita de carne inofensiva, para jugar, y luego la de verdad. El estomago digiere y los dos polvos, por reacción, forman ácido cianhídrico o prúsico que fulmina al animal.

Ya no quiero recordar quién de nosotros le administró las bolitas.

Dédèche esperaba, tumbado, tranquilo, en su canasta. Y también nosotros esperábamos, escuchando desde la habitación contigua, repantigados en los asientos como abatidos por una inmensa fatiga.

Transcurrió un cuarto de hora, media hora. Alguien dijo dulcemente:

—Voy a echar un vistazo.

—¡Espera cinco minutos más!

Nos zumbaban los oídos. ¿Acaso no parecía como si un perro aullara en algún lugar, a lo lejos, quizás el perro del cazador furtivo?

Finalmente, el más valiente de nosotros desapareció y regreso para decir, con una voz que no le conocíamos:

—¡Se acabó!

La señorita dejó caer su cabeza sobre la cama y sollozó. Se abandonó a los sollozos como a uno le entra un ataque de risa cuando solo quería reír.

Con el rostro hundido en la almohada, repitió:

—¡No y no, hoy no me beberé el chocolate!

A su madre, que le hablaba de su futuro marido, le murmuró que se quedaría soltera.

Los demás retuvieron a tiempo sus lagrimas. Todos sentían que romperían a llorar y que cada nuevo manantial haría brotar una fuente vecina.

Le dijeron a la señorita:

—¡No seas boba, pero si no es nada!

¿Cómo que no era nada? ¡Era una vida! Y era imposible saber hasta donde hubiera llegado la que acabábamos de suprimir.

Por pudor, para evitar confesar que la muerte de un perrillo nos conmocionaba, pensábamos en los seres humanos perdidos, en aquellos que podríamos perder, en lo misterioso, incomprensible, negro y helado.

El culpable dijo para sí:

—Acabo de cometer un asesinato a traición.

Se puso en pie y osó contemplar a su víctima.

Mas tarde sabríamos que había besado el pequeño cráneo caliente y dulce de Dédèche.

—¿Tiene los ojos abiertos?

—Sí, pero son ojos vidriosos, que ya no pueden ver.

—¿Ha muerto sin sufrir?

—¡Oh, estoy seguro de ello!

—¿Sin convulsiones?

—Simplemente ha estirado la pata junto a la canasta, como si nos tendiera su manita por última vez.

El gato

I

El mío no come ratones, no le gustan.

Sólo los atrapa para jugar con ellos. Una vez ha jugado, les perdona la vida y se va a otro lugar a soñar. el inocente, sentado sobre el bucle de su cola, con la cabeza cerrada como un puño. Sin embargo, a causa de sus garras, el ratón ha muerto.

II

Se le dice:

—¡Atrapa ratones y deja en paz a los pájaros! Qué gran sutilidad, y hasta el gato más avezado a veces se equivoca.

La vaca

I

Hartos de buscar, acabamos por no ponerle nombre. Se llama simplemente «la vaca» y es el nombre que más le conviene.

Y además, ¡que más da, mientras coma!

Hierba fresca, heno seco, verduras, grano e incluso pan y sal tiene a discreción y come de todo, siempre, y dos veces puesto que rumia.

En cuanto me ve acude con paso ligero, con sus pezuñas hendidas y la piel de sus patas muy estirada, como una media blanca, y segura de que le traigo algo para comer. Y cada vez, al admirarla, no puedo evitar decirle:

—¡Ten, come!

Sin embargo, todo lo que absorbe lo convierte en leche y no en grasa. A una hora fija ofrece su ubre llena y rotunda.

No retiene la leche —hay vacas que la retienen— y generosamente, por sus cuatro pezones elásticos, al apretarlos apenas, vacía su fuente. No mueve la pata ni la cola, pero se divierte lamiendo con su lengua enorme la espalda de la criada. A pesar de vivir sola, el apetito le impide aburrirse. Rara vez muge nostálgica al recordar vagamente su última ternera. Le gustan las visitas y se muestra

acogedora, con sus cuernos alzados sobre la frente y sus belfos golosos de los que penden un hililllo de agua y una brizna de hierba.

Los hombres, que no temen nada, alaban su vientre desbordante, las mujeres, sorprendidas de que tamaña bestia sea tan dulce, ya sólo desconfían de sus caricias y sueñan con la felicidad.

II

Le gusta que la acaricie entre los cuernos. Me retiro un poco, puesto que el placer la hace aproximarse, y esa buena bestia me lo permite todo, hasta que meto el pie en sus boñigas.

La muerte de Negrita

Philippe, al despertarme, me ha dicho que se ha levantado durante la noche para escucharla y que su respiración era tranquila.

Pero desde esta mañana le tiene preocupado.

Le da heno seco y ella lo rechaza.

Le ofrece un puñado de hierba fresca y Negrita, por lo general muy golosa, prácticamente ni la toca. Ni siquiera mira a su ternera y no soporta los golpes que le da con el hocico cuando se pone en pie sobre sus rígidas patas para mamar.

Philippe las separa y ata a la ternera lejos de la madre.

Negrita no parece que se haya dado cuenta.

La inquietud de Philippe acaba por contagiarnos. Incluso los niños quieren levantarse.

Llega el veterinario, examina a Negrita y hace que salga del establo. Se golpea contra el muro y tropieza con el marco de la puerta. Parece que se va a caer y hay que hacerla entrar de nuevo.

—Está muy enferma —dice el veterinario.

No nos atrevemos a preguntarle qué tiene.

Teme que pueda ser una fiebre láctea, a menudo fatal, sobre todo para las buenas lecheras y, mientras recuerda una a una todas aquellas que ya se creían perdidas y que él salvó, expande con un pincel el líquido de un frasco sobre el lomo de Negrita.

—Actuará como vejigatorio —dice—. Desconozco la composición exacta, pero viene de París. Si la enfermedad no llega a la cabeza se curará sola, de lo contrario utilizaré el método del agua helada. Éste sorprende a menudo a los campesinos simples, pero sé con quién estoy hablando.

—Haga lo que crea conveniente, señor.

Negrita, tumbada sobre la paja, aún consigue soportar el peso de su cabeza. Deja de rumiar. Parece contener la respiración para poder escuchar mejor lo que sucede en su propio interior.

La cubrimos con una manta de lana ya que los cuernos y las orejas se le están enfriando.

—Mientras no se le pongan las orejas gachas —dice Philippe— aún hay esperanza.

Dos veces intenta ponerse en pie. Resopla con fuerza, a intervalos cada vez más espaciados.

Y finalmente deja caer la cabeza sobre su costado izquierdo.

—Esto se pone feo —dice Philippe en cuclillas y murmurando zalamerías.

La cabeza se alza y cae sobre el borde del pesebre, tan pesada que el golpe sordo nos hace exclamar:

—¡Oh!

Rodeamos a Negrita con haces de paja para que no se descalabre.

Tiende el cuello y las patas, se tumba cuan larga es, como en el prado cuando hay tormenta.

El veterinario decide sangrarla. No se acerca mucho a ella. Es tan sabio como cualquiera, pero tiene fama de ser menos valiente.

Con los primeros golpes del mazo de madera, la lanceta resbala sobre la vena. Tras un golpe más certero, brota sangre en el cuenco de estaño habitualmente lleno de leche hasta el borde.

Para detener el chorro, el veterinario introduce en la vena una aguja de acero. Luego, desde la frente a la cola de la aliviada Negrita aplicamos un trapo mojado con agua del pozo y que renovamos con frecuencia pues pronto se calienta. El animal ni siquiera se estremece. Philippe la sostiene con firmeza por los cuernos e impide que su cabeza golpee contra el costado izquierdo. Negrita, como si estuviera domada, ya no se mueve. No sabemos si se siente mejor o si su estado se ha agravado. Estamos tristes, pero la tristeza de Philippe es taciturna como la de un animal que viera sufrir a otro.

Su esposa le trae sopa para desayunar y la toma sin apetito, sentado en un escabel, y ni siquiera la termina.

—Esto se acaba —dice—, ¡Negrita se está inflando!

Al principio dudamos, pero Philippe está en lo cierto. Se está hinchando ante nosotros, y no se deshincha, como si el aire que hubiera entrado no pudiera salir.

La esposa de Philippe pregunta:

—¿Está muerta?

—¿Acaso no lo ves? —dice Philippe con dureza.

La esposa de Philippe sale al patio.

—No pienso ir a buscar otra —dice Philippe.

—¿Otra qué?

—Otra Negrita

—Irá cuando yo quiera —digo con una voz de amo que me sorprende a mí mismo. Intentamos hacer ver que el accidente nos irrita más que nos apena, e incluso decimos que Negrita ha estirado la pata.

Por la tarde, sin embargo, al cruzarme con el campanero, no sé qué me ha impedido decirle:

—Ten, aquí tienes este dinero y ve a hacer sonar las campanas por alguien que ha muerto en mi casa.

El buey

I

La puerta se abre esta mañana, como de costumbre, y Castor abandona, sin tropezar, el establo. Bebe con lentos sorbos su parte del fondo de la pila y deja la parte del rezagado Pólux. Luego, con el hocico chorreando cual árbol tras un chaparrón, se va de buena gana, con orden y pesadez, a colocarse en su lugar habitual bajo el yugo del carro.

Con los cuernos atados, la cabeza inmóvil, frunce el vientre, caza apaciblemente con su cola moscas negras y, como una doncella que dormitara con la escoba en la mano, rumia mientras espera a Pólux.

En el corral, mientras tanto, las sirvientas atareadas gritan y maldicen y el perro gañe como si se aproximara un extraño.

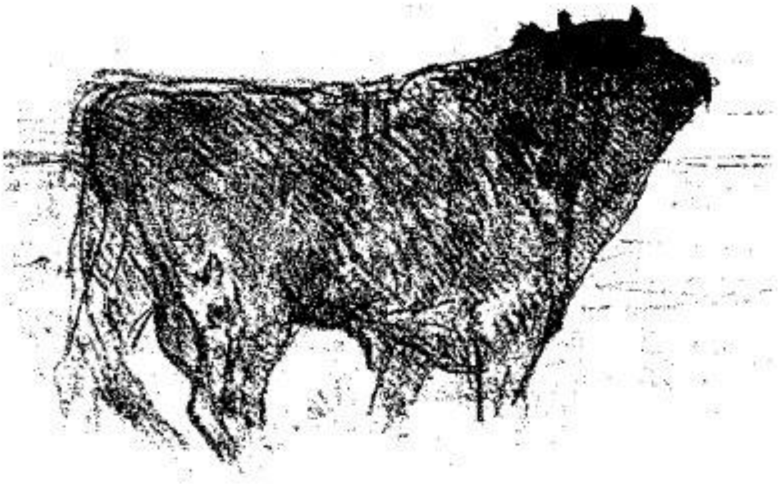
¿Es el sensato Pólux quien por primera vez se resiste al acicate, da vueltas, golpea el costado de Castor, resuella y, a pesar de estar uncido, aún intenta sacudir el yugo común?

No, es otro.

Castor, desparejado, detiene sus mandíbulas al percibir junto al suyo ese turbio ojo de buey que no alcanza a reconocer.

II

Al ponerse el sol arrastran los bueyes por el prado el rastro ligero de su sombra.



El toro

I

El pescador camina con su caña a paso ligero junto al Yonne y hace brincar sobre el agua su mosca verde.

Las moscas verdes las atrapa en los troncos de los álamos pulidos por el ganado al restregarse contra ellos.

Lanza la caña con un golpe seco y tensa con autoridad.

Se imagina que cada nuevo lugar es el mejor y pronto lo abandona, saltando un seto para pasar al pradillo vecino.

De repente, al atravesar un extenso prado abrasado por el sol, se detiene.

Allá a lo lejos, entre las tranquilas vacas tumbadas, acaba de alzarse pesadamente un toro.

Es un pedazo de toro y su talla sorprende a los caminantes que lo divisan desde el camino. Se le admira a distancia y, si no lo ha hecho ya, con el arco de sus cuernos podría lanzar a un hombre al cielo, cual si fuera una flecha. Puede ser tan tierno como un corderillo si le apetece, mas de repente se vuelve airado, cuando le viene en gana, y al estar junto a él uno jamás sabe qué sucederá.

El pescador lo observa oblicuamente.

«Si huyo», piensa, «el toro me alcanzará antes de que logre salir del prado. Si, puesto que no sé nadar, me zambullo en el río, me ahogaré. Si me hago el muerto en el suelo, el toro, como se dice, me husmeará y no me tocará. ¿Seguro? Y, si no se fuera, ¡vaya angustia! Quizá lo mejor sea fingir una engañosa indiferencia.»

Y el pescador sigue pescando, como si el toro estuviera ausente. Así espera darle el pego.

Su nuca se asa bajo el sombrero de paja.

Retiene sus pies que arden de deseo por correr y los obliga a hollar la hierba. Tiene el heroísmo de remojar en el agua su mosca verde.

En realidad, ¿a qué vienen tantas prisas?

El toro no se fija en él y permanece junto a las vacas.

Únicamente se ha alzado para menearse, hastiado, como quien se despereza.

Vuelve al viento de la tarde su cabeza de pelo crespo.

Brama a intervalos, con el ojo semicerrado.

Muge lánguidamente y se escucha a sí mismo mugir.

II

Las mujeres lo reconocen por los pelos rizados que luce en la frente.

III

—¡Cómo me mira!

—No tengas miedo, Gloriette. Puede ver que pareces una mujer honrada.

Las moscas de agua

Sólo hay un roble en medio del prado y los bueyes ocupan toda la sombra de sus hojas.

Cabizbajos, le hacen cuernos al sol.

Estarían bien si no fuera por las moscas.

Hoy, la verdad, devoran. Acres y numerosas, las negras se adhieren como placas de hollín a los ojos, a las ventanas de la nariz e incluso a las comisuras de los labios, y las verdes prefieren sorber la más reciente excoriación.

Cuando un buey sacude su mandil de cuero o golpea con la pezuña la tierra seca, la nube de moscas se desplaza con un murmullo; diríase que fermentan.

Hace tanto calor que las viejas, en los portales, husmean la tormenta y ya comienzan a bromear.

—¡Vaya zumbidillo! —se exclaman.

A lo lejos, una primera lanza luminosa desgarra el cielo, sin ruido. Cae una gota de lluvia.

Los bueyes, precavidos, alzan la testuz, se desplazan hacia el borde del roble y resoplan pacientemente.

Saben que ahí llegan las buenas moscas que expulsarán a las malas.

Al principio sólo unas pocas, de una en una, luego en tropel, al unísono, se lanzan desde el cielo despedazado sobre el enemigo que cede poco a poco, se aclara, se dispersa.

Al cabo de poco tiempo, desde su chato hocico a su cola infatigable, los bueyes chorreantes ondulan a sus anchas bajo el enjambre victorioso de las moscas de agua.

La yegua

Ha llegado la cosecha del heno; las granjas se llenan a rebosar, hasta las cobijas. Hombres y mujeres se afanan puesto que amenaza mal tiempo y si lloviera sobre el heno recién cortado éste perdería todo su valor. Circulan todos los carros y, mientras se carga uno, los caballos conducen otro hasta la granja. Ya ha caído la noche y las idas y venidas no han cesado.

Una yegua madre relincha en su varal. Responde al potro que la llamaba y que ha pasado todo el día en el prado sin beber.

Siente que se acerca el final, que va a reunirse con él y tira del collar como si fuera la única que estuviera enganchada. El carro se detiene junto al muro de la granja. Desenganchan a los animales y la yegua libre iría con trote pesado hasta la valla por la que el potro asoma el hocico, si no la detuvieran puesto que aún debe ir a por el último carro.

El caballo

Mi caballo no es hermoso. Tiene demasiados nudos y las fosas supraorbitales demasiado pronunciadas, costillas planas, cola de rata y dientes de inglesa. Sin embargo, me enternece. Aún no me creo que siga a mi servicio y acepte dar vueltas y más vueltas sin rebelarse.

Cada vez que lo engancho temo que me diga: «No», con un signo brusco, y salga pitando.

Jamás. Agacha y levanta su enorme cabeza como si quisiera cubrirse con un sombrero de aplomo y recula entre los varales.

No le escatimo ni la avena ni el maíz. Lo cepillo hasta que el pelo le brilla como una cereza. Le peino la crin, trenzo su delgada cola. Le acaricio con la mano y con la voz. Le enjugo los ojos y le encero las manos.

¿Acaso por ello se emociona?

No puede saberse.

Se pea.

Le admiro sobre todo cuando me pasea en carro. Le fustigo y acelera su marcha. Le detengo y me detiene. Tiro de la rienda a la izquierda y gira a la izquierda en vez de torcer a la derecha y lanzarme a un foso pateándome con sus cascos.

Me da miedo, vergüenza y pena.

¿Va a despertarse pronto de su duermevela y, ocupando mi lugar con autoridad, me reducirá al suyo?

¿En qué piensa?

Se pea, se pea y se pea.

El asno

I

Todo le importa un bledo. Cada mañana conduce, con recios pasitos de funcionario, al cartero Jacquot a que distribuya por los pueblos los encargos que ha llevado a cabo en la ciudad, las especias, el pan, la carne, algunos periódicos y una carta.

Al acabar su ronda, Jacquot y el asno trabajan por su cuenta. El coche les sirve de carreta. Juntos se van a la viña, al bosque o a recoger patatas. A veces vuelven con verduras, otras con escobas verdes, una u otra cosa, según el día.

Jacquot no cesa de exclamar, sin motivo, como si roncara:

—¡Arre! ¡Arre!

En algunas ocasiones, cuando husmea un cardo o si le pasa una idea por la cabeza, se detiene. Jacquot le rodea el cuello con el brazo y lo empuja. Si el asno se resiste, Jacquot le muerde la oreja.

Comen en el margen del camino, el patrón un mendrugo y cebollas, y el asno lo que se le antoja.

Regresan por la noche. Sus sombras pasan lentamente de un árbol a otro.

De repente, el lago de silencio donde ya reposan y duermen las cosas, se rompe, sobresaltado.

¿Qué ama de casa extrae a estas horas cubos de agua de su pozo con una polea oxidada y chillona?

El asno se levanta y expulsa su chorro de voz y rebuzna hasta extinguirse, que le importa un bledo, que le importa un bledo.

II

Un conejo que ha crecido.

El cerdo

A pesar de ser gruñón, formas parte de la familia, como si te hubieras criado con nosotros. Metes el hocico por todas partes y para andar lo utilizas tanto como las patas.

Bajo tus orejas cual hojas de remolacha ocultas tus ojillos del color de la grosella.

Eres barrigón como una grosella espinosa.

Como ésta, tienes pelos largos, y su misma piel clara y cola corta y ensortijada.

Y las malas gentes te dicen:

—¡Vaya guarro!

Dicen que a nada le haces ascos y que, sin embargo, a todo el mundo le das asco y que sólo te gusta el agua grasienta de fregar los platos.

Pero te calumnian.

Si te limpiaran tendrías buen aspecto.

El cerdo y las perlas

En cuanto lo sueltan en el prado, el cerdo se pone a comer y su hocico no se alza del suelo.

No elige la hierba fina. Se abalanza sobre la primera que halla y empuja al azar, frente a él, como la reja de un carro o como el topo cegato, su hocico infatigable.

Sólo se ocupa de redondear su vientre que ya ha adquirido la forma del saladero, y jamás le preocupa el tiempo que haga.

No le importa que hace un rato su sebo haya estado a punto de arder bajo el sol de mediodía, y tampoco le importa ahora que esa pesada nube, hinchada de granizo, se extienda y reviente sobre el prado.

La urraca ha huido con un vuelo automático, los pavos se esconden bajo el seto y el potro pueril busca cobijo bajo un roble.

El cerdo, empero, permanece allí donde come. No pierde ni un bocado. Y con la misma facilidad remueve la cola. Acribillado por el granizo, apenas se le oye gruñir:

—¡Otra vez sus sucias perlas!

Los borregos

I

Regresan de los rastrojales en los que, desde esta mañana, pacían con el hocico a la sombra de su cuerpo.

Siguiendo los signos de un pastor indolente, el perro necesario ataca el rebaño por el costado que conviene.

Ocupa todo el camino y ondula de un margen al otro y se desborda, o apelotonado, unido, mullido, pisotea el suelo con pasitos de anciana. Cuando arranca a correr, las patas hacen el ruido de los cañizales y criba de nidos de abejas el polvo del camino.

Ese borrego rizado, bien provisto, salta como un fardo lanzado al aire, y del cucurucho de su oreja se escapan pastillas.

Otro sufre vértigo y se golpea con la rodilla su cabeza mal atornillada.

Invaden el pueblo. Diríase que hoy es su día de fiesta y que, petulantes, balan de alegría por las calles.

No se detienen, sin embargo, en el pueblo, y los veo reaparecer, más allá. Alcanzan el horizonte. Ascienden ligeros por la ladera, hacia el sol. Se acercan a éste y se tumban a cierta distancia.

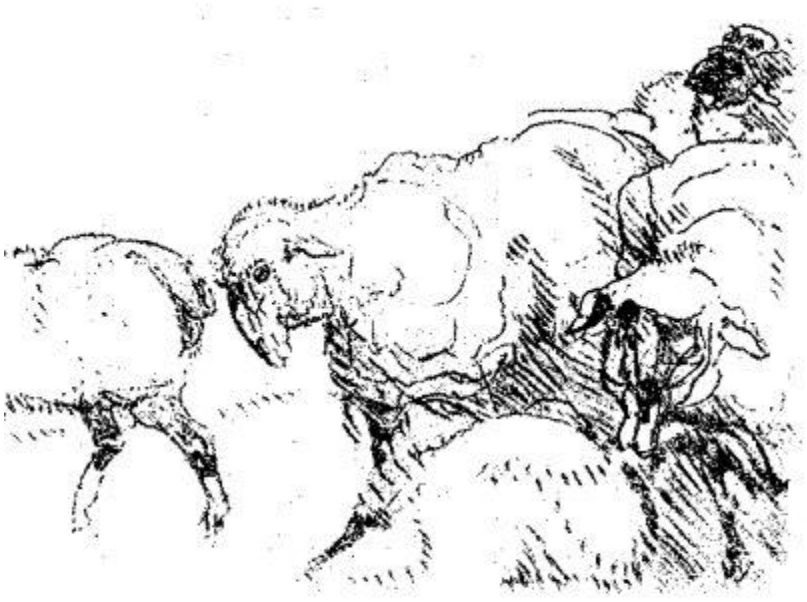
Unos rezagados adquieren, contra el cielo, una última forma imprevista y se reúnen con el rebaño apelotonado.

Un copo se aleja aún y planea, cual espuma blanca, luego humo, vapor y finalmente nada.

Sólo queda una pata fuera.

Se estira, se deshila como una rueca, hasta el infinito.

Los borregos frioleros se adormecen alrededor del sol cansado que deshace su corona y clava, hasta el día siguiente, sus rayos en la lana de los borregos.



II

LOS BORREGOS: Bee... Bee... Bee...
EL PERRO DEL PASTOR: ¡Por ce o por be!

La cabra

Nadie lee la hoja del diario oficial expuesta en el muro del ayuntamiento.

Sí, la cabra.

Se alza sobre sus patas traseras, apoya las delanteras en la parte inferior del cartel, remueve los cuernos y la barbita, y agita la cabeza a derecha e izquierda, como si fuera una vieja que leyera.

Una vez acabada la lectura, y puesto que el papel desprende el agradable olor de la cola fresca, la cabra se lo come.

Nada se desperdicia en el pueblo.

El chivo

Le precede su propio olor. Aún no se le ve y ya se le puede oler.

Avanza al frente del rebaño y las ovejas le siguen, desordenadas, entre una nube de polvo.

Tiene pelos largos y secos partidos sobre su lomo por una raya.

Está menos orgulloso de su barba que de su talla, puesto que también la cabra luce una barba en su mentón.

A su paso, algunos se tapan la nariz y a otros les gusta ese olor.

No mira ni a la derecha ni a la izquierda: camina muy tieso, con sus orejas puntiagudas y su cola corta. Si los hombres han decidido cargarle con sus pecados, lo ignora, y muy serio deja caer un puñado de cagarrutas.

Se llama Alejandro, como saben hasta los perros.

Al acabar la jornada, una vez se ha puesto el sol, regresa al pueblo junto a los segadores, y sus cuernos, que la vejez ha inclinado, adquieren poco a poco la curva de las hoces.

Los conejos

En un medio tonel, Negro y Gris, con las patas calentitas bajo la pelusa, comen como vacas. Sólo hacen una comida que dura todo el día.

Si se retrasan en darles hierba fresca, roen la vieja hasta la raíz, e incluso con la raíz pueden entretener sus dientes.

Y en ese momento acaban de arrojarles una lechuga. Negro y Gris se ponen manos a la obra a la vez.

Hocico contra hocico, se afanan, inclinan la cabeza y sacuden las orejas.

Cuando ya sólo queda una hoja, la toman cada uno por un extremo y luchan a ver quién es más rápido.

Se podría creer que juegan, incluso que se ríen, y que una vez devorada la hoja una caricia fraternal unirá sus hocicos.

Gris, sin embargo, se siente desfallecer. Desde ayer tiene el vientre hinchado y una bolsa de agua le ha inflado. Cierto es que se daba unos buenos atracones y, aunque una hoja de lechuga se puede comer sin tener hambre, ya no puede más. Suelta la hoja y se tumba al lado, sobre sus cagarrutas, con breves convulsiones.

Se ha quedado rígido, con las patas separadas, como para el anuncio de un armero: Se mata limpiamente, se mata a lo lejos.

Durante un instante Negro se detiene, sorprendido. Observa, sentado sobre sus patas traseras, con la respiración tranquila, los labios juntos y el ojo rodeado de un círculo rosa.

Parece un hechicero que tratara de desvelar un misterio.

Sus dos orejas tiesas indican la hora suprema.

Luego se abaten.

Y se acaba su hoja de lechuga.

La liebre

Philippe me había prometido que me enseñaría una en su madriguera. Es difícil, y se requiere la vista de los viejos cazadores.

Atravesábamos un rastrojo (los campesinos dicen un restrojo) protegido del norte por una ladera.

La liebre se mete en su madriguera por la mañana, al abrigo del viento que sopla e incluso si el viento cambia durante el día ahí permanece hasta la llegada de la noche.

Al salir de caza, miro al perro, los árboles, las golondrinas, el cielo. Philippe mira al suelo. Echa un vistazo en cada surco, tanto en los descensos como en los ascensos. Una piedra o un terrón atraen su atención. ¿Quizás se trate de una liebre? Lo verifica.

Y esta vez ¡se trata de una liebre!

—¿Quiere disparar? —me dice Philippe, conteniendo la voz.

Me vuelvo. Philippe, inmóvil, tiene los ojos fijos en un punto del suelo y, con la escopeta encarada, se halla dispuesto.

—¿La ve?—dice.

—¿Dónde?

—¿No ve cómo se mueve su ojo?

—No.

—Ahí, frente a usted.

—¿En el surco?

—Sí, pero no en el primero, en el otro.

—No veo nada.

Aunque me frote los ojos llenos de vaho, no sirve de nada. Philippe, pálido a causa de la impresión que su corazón ha sufrido al ver la liebre, me repite:

—-¿No la ve? Pero ¿seguro que no la ve?

Y le tiemblan las manos. Teme que la liebre huya.

—Señálemela —le digo—, con su escopeta. —¡Ahí, ahí está, el ojo, su ojo, en la boca del cañón!

—¡ Ah! ¡No veo nada! Apunte, Philippe, encare la escopeta.

Me coloco detrás de Philippe, e incluso a través del punto de mira no consigo verla.

Es irritante.

Veo algo, pero no puede tratarse de la liebre; es un montón de tierra, amarillo como todos los terrones del rastrojo. Busco el ojo. Ya no hay ojo. Me abstengo de decirle a Philippe:

—¡Da igual, dispare!

Y el perro, que correteaba a lo lejos, ha vuelto a nuestro lado. Como no tiene el viento a favor no husmea a la liebre, pero puede lanzarse al azar. Philippe le amenaza, en voz baja, con collejas y puntapiés si se mueve.

Philippe no me habla. Ha hecho lo imposible y espera que yo renuncie.

¡Oh! ¿Dónde está ese ojo negro, redondo y gordo como una ciruela? ¿Dónde está ese ojo de liebre aterrorizada?

¡Ah! ¡Lo veo!

A mi disparo, la liebre sale despedida de la madriguera con la cabeza destrozada. Y se trata de la liebre que había visto. La había visto casi desde el primer momento, tengo buena vista. Me había engañado su posición. Creía que

estaba enroscada, como un perrito, y buscaba el ojo entre esa bola. Pero la liebre yace estirada, con las patas delanteras juntas y las orejas caídas. Sólo hace un agujero para colocar su trasero y estar lo más posible a ras del rastrojo. El trasero está ahí y el ojo allá, muy lejos. De ahí vino mi breve duda.

—Es una cobardía matar una liebre en su madriguera —le digo a Philippe—. Deberíamos de haberle arrojado una piedra, conseguir que saliera y dispararle los dos mientras corriera. No se nos podía escapar.

—Lo dejaremos para otra ocasión —dice Philippe.

—Gracias por habérmela enseñado, Philippe, no hay muchos cazadores como usted.

—No lo haría por cualquiera —dice Philippe.

El lagarto

I

Hijo espontáneo de la piedra hendida en la que me apoyo, se encarama a mi hombro. Habrá creído que soy una continuación del muro porque permanezco inmóvil y tengo un abrigo del color de una muralla. En el fondo, no deja de ser un motivo de orgullo.

II

EL MURO: No sé qué estremecimiento recorre mi espalda.
EL LAGARTO: Soy yo.

El lagarto verde

¡Cuidado con la pintura!

La culebra

¿De qué vientre habrá salido esta cólica?

La comadreja

Pobre, pero limpia y distinguida, pasa y vuelve a pasar, dando brincos por el camino y va de un margen a otro a impartir sus clases a escondidas de agujero en agujero.

El erizo

I

Limpíese el... por favor.

II

—Hay que aceptarme como soy y no estrujarme mucho.

La serpiente

I

Demasiado larga.

II

La diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano terrestre.

El gusano

Mira éste, que se estira y se encoge como un fideo.

Las ranas

Con bruscos estiramientos ejercitan sus muelles.

Saltan sobre la hierba como pesados goterones de aceite frito.

Se posan, pisapapeles de bronce, sobre las grandes hojas del nenúfar.

Una se hincha de aire. Introducirías una moneda por su boca en la hucha de su vientre.

Asciende, como un suspiro, del fango.

Inmóviles, parecen, con sus grandes ojos a flor de agua, los tumores del charco liso.

Sentadas, bien vestidas, estupefactas, bostezan ante el sol poniente.

Luego, como los ensordecedores vendedores de periódicos callejeros, gritan las últimas noticias del día.

Esta noche dan una fiesta en su casa; ¿las oís fregar los vasos?

A veces atrapan un insecto de un bocado.

Y en otras ocasiones sólo se ocupan del amor.

Y todas tientan al pescador.

Rompo, sin dificultad, una caña. Llevo, enganchada en mi gabán, una aguja que puedo curvar como un anzuelo.

No me falta hilo.

Pero aún necesito un hilo de lana, un trocito de cualquier cosa de color rojo.

Busco entre mis pertenencias, por el suelo, en el cielo.

No encuentro nada y miro melancólicamente el ojal, ahí dispuesto, que, sin que sirva de reproche, no se dan prisas en ornarlo con una cinta roja. (1)

(1). Renard se refiere al distintivo de la condecoración de la Legión de Honor que no le sería concedida hasta al cabo de unos años de la publicación de esta mordaz historia. (N. del T.)

El sapo

Nacido de una piedra, vive bajo una piedra y en ella excavará su tumba.

Le visito con frecuencia y cada vez que levanto su piedra tengo a la vez miedo de hallarlo allí y miedo de que ya no esté.

Está ahí.

Oculto en ese refugio seco, limpio, estrecho, tan suyo, lo ocupa plenamente, hinchado como la bolsa de un avaro.

En cuanto la lluvia le hace salir de ahí se planta frente a mí. Da unos cuantos saltos pesados y me mira con sus ojos enrojecidos.

Aunque el mundo injusto le trate como a un leproso, no me da miedo acuclillarme junto a él y acercar al suyo mi rostro de hombre.

Luego venceré un poso de asco y te acariciaré con mi mano, sapo.

Otros hay que tragarse en la vida que más nos duelen en el corazón.

Sin embargo, ayer, me faltó tacto. Fermentaba y rezumaba el sapo con todas sus verrugas reventadas.

—Amigo mío —le dije—, no quisiera apenarte pero ¡Dios, mira que eres feo!

Abrió su boca pueril y desdentada, de cálido hálito, y me respondió con un ligero acento inglés:

—¿Y tú?

El saltamontes

¿Acaso es el gendarme de los insectos?

Durante todo el día salta y se encarniza en pos de invisibles cazadores furtivos a los que jamás consigue atrapar.

Ni siquiera las hierbas más altas logran detenerle.

Nada le da miedo pues tiene botas de siete leguas, cuello de toro, una frente de genio, el vientre como una obra viva, las alas de celuloide, unos cuernos diabólicos y un gran sable a su espalda.

Puesto que no es posible tener las virtudes de un gendarme sin tener también los vicios, justo es reconocerlo, el saltamontes masca tabaco.

Si crees que miento, persíguelo con tus dedos, juega con él al escondite y cuando lo hayas atrapado, entre dos saltos, sobre una hoja de alfalfa, observa su boca: entre sus terribles mandíbulas segrega una espuma negra como el jugo del tabaco.

Pero ya no puedes retenerlo. Su rabia saltarina le domina de nuevo. El monstruo verde se te escapa con un brusco esfuerzo y, frágil, desmontable, te deja una patita en la mano.

El grillo

Es la hora en la que, cansado de vagabundear, el insecto negro vuelve de paseo y arregla con cuidado el desorden de su terreno.

En primer lugar rastrilla sus caminillos de arena.

Fabrica serrín y lo esparce en el umbral de su morada.

Lima la raíz de esa hierba grande que le molesta.

Descansa.

Luego da cuerda a su minúsculo reloj.

¿Ya se ha acabado? ¿Está estropeado? Descansa un poco más.

Entra en su casa y cierra la puerta.

Durante un buen rato hace girar la llave en la delicada cerradura.

Y escucha:

Fuera todo está en calma. Pero no se siente seguro.

Y por una cadenilla cuya polea chirría desciende hasta el fondo de la tierra.

Ya no se oye nada.

En el campo enmudecido, los álamos se alzan como dedos en el aire y señalan a la luna.

El escarabajo

Negro y pegajoso como el ojo de la cerradura.

La luciérnaga

I

¿Qué sucede? Ya son las nueve y aún hay luz en su casa.

II

¡Esa gota de luna sobre la hierba!

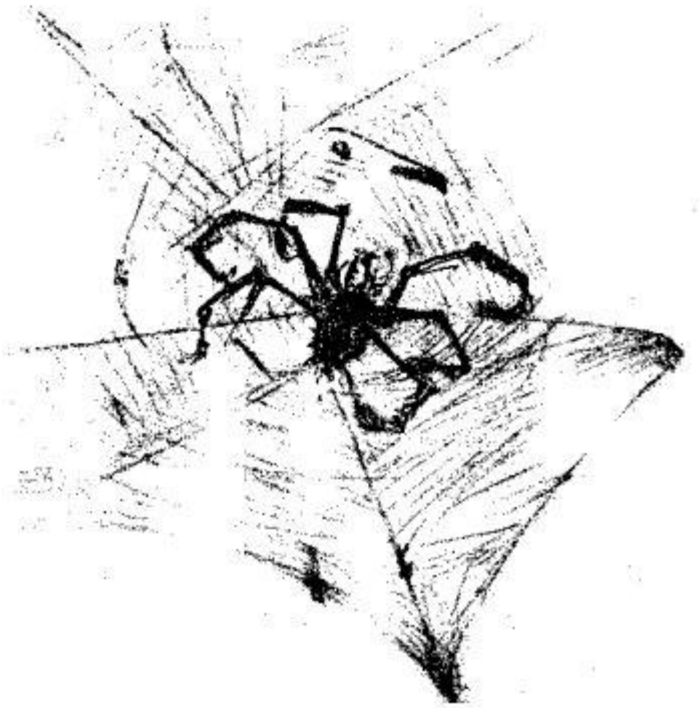
La araña

I

Una manita negra y peluda crispada sobre los cabellos.

II

Durante toda la noche, en nombre de la luna, pone sus precintos.



El abejorro

I

Una yema tardía se abre y alza el vuelo del castaño.

II

Más pesado que el aire, apenas dirigible, testarudo y gruñón, consigue empero alcanzar su objetivo, con sus alas de chocolate.

Las hormigas

I

Cada una de ellas se parece al número 3.

¡Y hay muchas! ¡Hay tantas!

Hay 333333333333... Hasta el infinito.

II. La hormiga y el perdigón

Cayó una hormiga en una rodada sobre la que había llovido e iba a ahogarse cuando un perdigón, que allí bebía, la asió con el pico y la salvó.

—Os devolveré el favor —le dijo la hormiga.

—Ya no estamos en la época de La Fontaine —respondió el escéptico perdigón—. No dudo de vuestra gratitud, pero ¿cómo podríais picarle en el talón al cazador dispuesto a matarme? En nuestros días, los cazadores ya no andan descalzos.

La hormiga no perdió el tiempo en vanas discusiones y se apresuró a reunirse con sus hermanas que seguían todas el mismo camino, como perlas negras que uno ensartara.

El cazador, sin embargo, no estaba lejos de allí. Reposaba recostado a la sombra de un árbol. Descubrió al perdigón caminando y picoteando a través del rastrojo. Se puso en pie y quiso disparar, pero sintió un hormigueo en el brazo

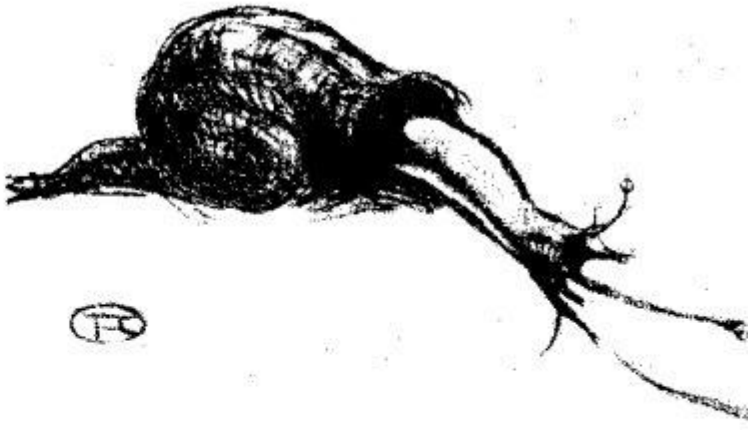
derecho. No pudo alzar su arma. El brazo cae inerte y el perdigón no esperó a que se desentumeciera.

El caracol

I

El caracol, tan casero en la época de los resfriados, con su cuello de jirafa encogido, hierve como una nariz llena.

En cuanto llega el buen tiempo sale de paseo pero sólo sabe caminar sobre su lengua.



II

Mi joven camarada Abel jugaba con sus caracoles.

Criaba una caja llena y, para poder reconocerlos, les numeraba con tiza los caparazones.

Cuando el tiempo era seco, los caracoles dormían dentro de la caja. En cuanto amenazaba lluvia, Abel los ponía en fila fuera y, si tardaba en llover, los despertaba regándolos con un bote de agua. Y todos, excepto las madres que incubaban en el fondo de la caja, según decía, se paseaban vigilados por un perro llamado Bárbaro y que no era más que una lámina de plomo que Abel empujaba con el dedo.

Hablando con él de los esfuerzos que requería su doma descubrí que, con signos, me decía «no» incluso cuando me respondía afirmativamente.

—Abel —le dije—, ¿por qué sacudes la cabeza de derecha a izquierda?

—Es por el azúcar —dijo Abel.

—¿Qué azúcar?

—Mira, éste.

Mientras a cuatro patas reconducía al número 8, que estaba a punto de perderse, vi en el cuello de Abel, entre la piel y su camisa, un terrón de azúcar que colgaba de un hilo, como una medalla.

—Mi madre me lo cuelga del cuello cuando quiere castigarme —dijo.

—¿Te molesta?

—Me rasca.

—Vaya, y además te escuece, pues la piel está roja.

—Pero cuando me perdona —dijo Abel—Me lo como

La oruga

Sale de una mata de hierba bajo la que se había mantenido oculta durante el calor. Atraviesa el caminillo de arena con ostentosas ondulaciones. Evita detenerse y por un instante cree haberse perdido en la huella del zueco del jardinero.

En cuanto llega a las fresas, descansa, y alza el hocico a derecha e izquierda para husmear; luego se pone de nuevo en marcha y bajo las hojas, sobre las hojas, ya sabe adonde va.

Qué hermosa oruga, regordeta, aterciopelada, rellena, morena con puntos dorados ¡y esos ojos negros!

Guiada por el olfato, se zarandea y se frunce como una ceja espesa.

Se detiene debajo de un rosal.

Con sus delicados alfileres tienta la ruda corteza, balancea su cabecilla de cachorrillo de perro y se decide a escalar.

Y, en esta ocasión, diríase que traga cada paso en su camino como si lo deglutiera.

En lo alto del rosal se abre una rosa con los colores de una niñita inocente. Los perfumes que prodiga la emborrachan. No desconfía de nadie. Deja que por su tallo ascienda la primera oruga que por ahí pasa. La recibe cual regalo.

Y, presintiendo que esa noche hará frío, no tiene inconveniente alguno en ponerse una boa al cuello.

La pulga

Un grano de tabaco con muelles.

La mariposa

Esta esquela amorosa doblada en dos busca la dirección de una flor.

La avispa

Y, sin embargo, ¡acabará por estropear su cintura!

La libélula

Cuida su oftalmía.

De orilla a orilla del riachuelo, no hace más que sumergir sus ojos hinchados en el agua fresca.

Y chisporrotea, como si volara con electricidad.

La ardilla

I

¡Qué lustre da un buen penacho! Sin duda alguna, amiguita, pero no se luce en ese lugar.

II

Ágil farolero del otoño, pasa una y otra vez bajo las hojas la pequeña antorcha de su cola.

El ratón

Cuando a la luz de un quinqué escribo mi página cotidiana, oigo un ruidito. Si me detengo, para. Y vuelve a comenzar en cuanto rasco el papel.

Es un ratón que se despierta.

Puedo adivinar sus idas y venidas junto al agujero oscuro en el que nuestra criada guarda sus cepillos y sus trapos.

Brinca por el suelo y trota sobre las baldosas de la cocina. Pasa junto a la chimenea, bajo el fregadero, se pierde entre la vajilla y gracias a una serie de reconocimientos que cada vez le llevan más lejos, se acerca a mí.

Cada vez que dejo descansar mi portaplumas, ese silencio le inquieta. Cada vez que lo utilizo, cree que quizás haya otro ratón por los alrededores y se siente más tranquilo.

Luego no vuelvo a verlo. Se halla bajo la mesa, junto a mis piernas. Circula de una pata de la silla a otra. Roza mis zuecos, mordisquea la madera de éstos o, con un alarde de valentía, ¡se encarama en ellos!

Y sobre todo no puedo mover la pierna, ni siquiera respirar con fuerza, pues huiría.

Debo, sin embargo, seguir escribiendo y, temeroso de que me abandone a mi aburrimiento de persona solitaria, escribo signos, naderías, muy pequeñito, menudo, menudito, como él roe.

Monos

Vayan a ver a los monos trepar (¡malditos chiquillos, se han desgarrado el culo de sus pantalones!), bailar bajo el nuevo sol, enfadarse, rascarse, pelar cosas y beber con una gracia primitiva, mientras que de sus ojos, a veces nebulosos, aunque no durante mucho tiempo, se escapan destellos que pronto se apagan.

Vayan a ver a los flamencos que andan sobre pinzas pues temen mojar en el agua del estanque sus faldas rosas; a los cisnes y los vanidosos plumeros de su cuello; al avestruz, con sus alas de polluelo y su gorra de jefe de estación responsable; a las cigüeñas, que alzan siempre los hombros (hasta que al fin, ya nada significa); al marabú friolero embutido en su pobre chaqueta; a los pingüinos ataviados con su macferlán; al pelícano que sostiene su pico como si fuera un sable de madera y a las cotorras, de las cuales las que están más amaestradas lo están menos que el propio guardián, que acaba por cogernos la moneda que le tendemos en la mano.

Vayan a ver al yac cargado de pesados pensamientos prehistóricos; a la jirafa que nos muestra por encima de los barrotes de la reja su cabeza en lo alto de una pica; al elefante que arrastra sus zapatos frente a la puerta, encorvado, con la nariz gacha: casi ha desaparecido en el saco de unos calzones demasiado altos y detrás le cuelga un pedacito de cuerda.

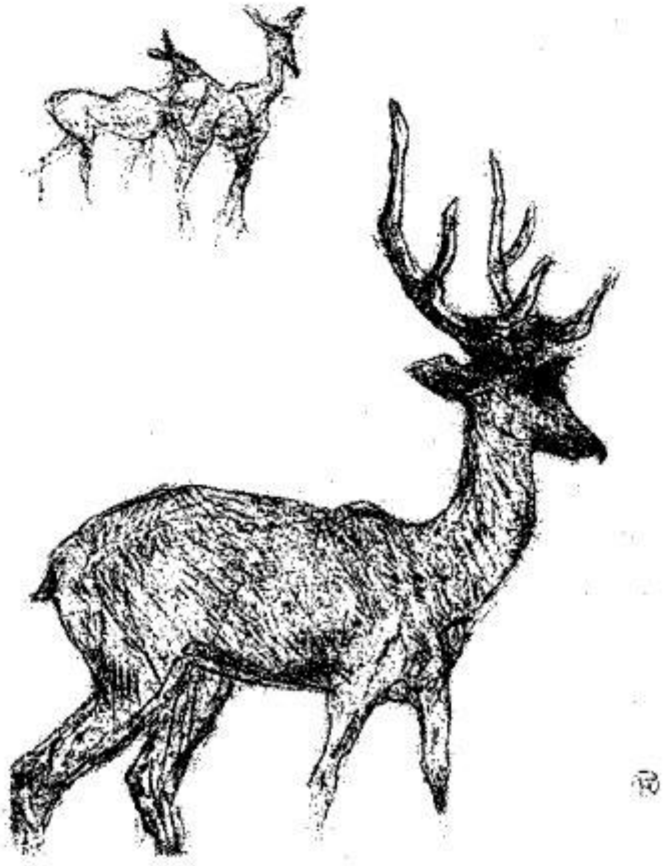
Vayan a ver al puercoespín que luce esos portaplumas que tanto le molestan a él y a su amiga; a la cebra, modelo pautado de todas las otras cebras; a la pantera que ha saltado al pie de su cama; al oso que nos divierte sin que él se divierta mucho, y al león que bosteza hasta contagiarnos su bostezo.

El ciervo

Yo entraba en el bosque por el camino al mismo tiempo que él llegaba por el otro extremo.

Al principio creí que se trataba de un extraño que avanzaba con una planta sobre su cabeza.

Luego distinguí el arbolillo enano, de ramas separadas y sin hojas.



Al fin apareció nítidamente el ciervo y ambos nos detuvimos.

Le dije:

—Acércate. No temas nada. Si llevo escopeta es por compostura, para imitar a esos hombres que se toman en serio a sí mismos. No la utilizo jamás e incluso dejo los cartuchos en un cajón.

El ciervo escuchaba y olisqueaba mis palabras. En cuanto me hube callado, ya no dudó más: sus patas se removieron cual los tallos que un soplo de aire cruza y entrecruza. Huyó.

—¡Qué lástima! —le grité—. Ya estaba soñando que continuaríamos nuestro camino juntos. Yo te ofrecería con mi mano las hierbas que más te gustan y tú, a paso de paseo, llevarías mi escopeta recostada entre tu ramaje.

El gobio

I

Remonta la corriente de aguas vivas y sigue el camino que trazan los cantos rodados, pues no le gustan ni el lodo ni las hierbas.

Ve una botella recostada sobre un lecho de arena. Sólo contiene agua. He olvidado a propósito introducir un cebo. El gobio da vueltas a su alrededor, busca la entrada y ya está atrapado.

Recojo la botella y devuelvo al gobio al agua.

Más arriba, oye un ruido. En vez de huir, se aproxima, por curiosidad. Soy yo, que me divierto pateando en el agua y removiendo el fondo con una percha, junto a una red. El gobio testarudo quiere pasar entre la malla. Y ahí se queda.

Levanto la red y devuelvo al gobio al agua.

Más abajo, una brusca sacudida tensa el hilo de mi caña y el corcho bicolor se escapa entre dos aguas.

Tiro y de nuevo es él.

Le arranco el anzuelo y lo devuelvo al agua.

Ahora ya no volveré a atraparlo.

Ahí está, inmóvil, a mis pies, bajo el agua clara. Puedo distinguir su cabeza ancha, su enorme ojo estúpido y su par de barbillas.

Bosteza, con el labio desgarrado, y respira profundamente tras una emoción de ese calibre.

Pero nada consigue corregirlo.

Lanzo de nuevo la caña con el mismo gusano.

E inmediatamente el gobio pica.

¿Quién de nosotros se cansará el primero?

II

Definitivamente, no tienen intención de picar. ¿Acaso no saben que hoy es el día en que se abre la veda de la pesca?

El lucio

Inmóvil a la sombra de un sauce, parece el puñal disimulado en el costado de un viejo bandido.

La ballena

Tiene en su boca cuanto hace falta para hacerse un corsé, ¡pero con esa cintura!

Peces

El señor Vernet no era uno de esos pescadores que estorban, un pescador sabio, iluminado, charlatán, insoportable, no tenía ningún traje especial, ni artículos costosos e inútiles, y la víspera de la apertura de la veda no le daban fiebres.

Una caña le bastaba, con hilo retorcido: un corcho pintado discretamente, gusanos de su jardín como cebo y un saco de tela en el que traía de vuelta los

peces. Y, sin embargo, al señor Vernet le gustaba la pesca; apasionadamente sería mucho decir; le gustaba, ya sólo le gustaba la pesca tras haber renunciado sucesivamente y por razones diversas a sus ejercicios preferidos.

Una vez abierta la veda pescaba casi todos los días, por la mañana o por la tarde, y generalmente en el mismo lugar. Otros pescadores conceden mucha importancia al viento que haga, al sol que caliente o a los matices del agua. El señor Vernet, ninguna. Con su caña de pescar de avellano en mano partía a su voluntad, bordeaba el Yonne, se detenía en cuanto no quería ir más lejos, desenrollaba, plantaba la caña y pasaba ratos agradables, hasta la hora en que debía regresar a casa para comer o cenar. El señor Vernet no era tan extravagante como para comer incómodo, en el exterior.

Así fue cómo el domingo pasado, por la mañana, temprano, puesto que se había apresurado ya que se trataba del primer día, se halló sentado sobre la hierba y no sobre una silla plegable, junto al río.

Inmediatamente se divirtió tanto como pudo. Aquella mañana le parecía deliciosa, no sólo porque estuviera pescando sino porque respiraba un aire ligero, porque veía los reflejos del Yonne, seguía con la mirada sobre el agua una carrera de mosquitos de patas largas y escuchaba a los grillos cantar a sus espaldas.

Claro está que la pesca también le interesaba, y mucho.

Pronto pescó un pez.

Para el señor Vernet no era una aventura extraordinaria. ¡Ya había pescado otros! No se encarnizaba con los peces, era un hombre que podía prescindir de eso, pero cada vez que un pez mordía demasiado, no había más remedio que sacarlo del agua. Y el señor Vernet los sacaba siempre con cierta emoción. Podía adivinarse al ver cómo le temblaban los dedos al cambiar el cebo.

El señor Vernet, antes de abrir su saco, depositó el gobio sobre la hierba. No cabe decir:

—¿Cómo? ¿No se trataba más que de un gobio?

Hay gobios grandes que agitan la caña con tanta violencia que el corazón del pescador bate como si viviera un drama.

El señor Vernet, más tranquilo, volvió a lanzar la caña y, en vez de meter el gobio en el saco, sin saber por qué (jamás supo decirlo), miró al gobio.

¡Por primera vez observó un pez que acababa de pescar! Por lo general, se apresuraba a lanzar la caña para pescar otros peces, como si lo estuvieran

esperando. Ese día, observaba el gobio con curiosidad, luego con sorpresa y después con cierta inquietud.

El gobio, tras unos sobresaltos que pronto lo fatigaron, se inmovilizó sobre un costado y ya no dio otro signo de vida que los visibles esfuerzos que hacía para respirar.

Con las aletas pegadas al lomo, abría y cerraba la boca, decorada en el labio inferior con dos barbitas, como bigotillos húmedos. Y, lentamente, la respiración se volvía más dificultosa hasta el punto que las mandíbulas ya ni siquiera osaban reunirse.

—¡Qué extraño —dijo el señor Vernet—, me doy cuenta de que se está ahogando!

Y añadió:

—¡De que está sufriendo!

Era una nueva observación, tan nítida como insospechada. Sí, los peces sufren al morir; al principio uno no se lo cree, porque no lo dicen. No expresan nada; son mudos, como si dijéramos; y con sus convulsiones agónicas, ese gobio ¡aún parecía que estuviera jugando!

Para ver cómo mueren los peces hay que contemplarlos atentamente por un azar, como el señor Vernet. Mientras uno no piensa en ello, tanto da, ¡pero en cuanto se piensa en ello...!

—Ya me conozco —se dijo el señor Vernet—, estoy perdido; me interrogo y siento que iré hasta el fondo de la cuestión; es inútil resistirse a la tentación de ser lógico: el miedo al ridículo no me detendrá; después de la caza, ¡la pesca! Un día cualquiera, durante la época de caza, tras uno de mis crímenes, me dije: ¿qué derecho tienes a hacer eso? La respuesta estaba ahí mismo. Uno pronto se da cuenta de que es repugnante partirle el ala a una perdiz o las patas a una liebre. Por la tarde colgué mi escopeta, que ya no volverá a matar. Lo más odioso de la pesca, menos sangrienta, acaba de sucederme.

Al pronunciar estas palabras, el señor Vernet vio cómo el corcho de su caña se paseaba sobre el agua, como si estuviera animado, como si le desafiara. Tiró maquinalmente una vez más. Era una perca erizada, espinosa que, tragona como sus pares, se había tragado el anzuelo hasta el vientre. Hubo que extraerlo, arrancándole carne, desgarrar las agallas de ganchillo rojo, salpicarse las manos de sangre.

¡Oh! ¡Ése sangraba, se expresaba!

El señor Vernet enrolló el hilo, escondió bajo un sauce los dos peces que quizás más tarde una nutria hallaría y se marchó.

Parecía contento y meditaba por el camino.

—No tendría excusa —se decía—. Cuando era cazador, incluso si con mi dinero podía comprarme otras carnes, por lo menos comía la caza, me alimentaba, no mataba únicamente por placer, pero la señora Vernet se ríe cuando le llevo mis peces tiesos y secos y yo ya ni siquiera oso, por vergüenza, rogarle que los cocine. El que disfruta es el gato. ¡Pues si los quiere, que se los vaya a pescar él mismo! Yo ¡rompo mi caña!

Sin embargo, mientras aún tenía entre las manos los pedazos rotos, el señor Vernet murmuró, con un deje de tristeza:

—¿Acaso sea esto madurar? ¿Acaso sea esto perder el gusto por la vida?

En el huerto

LA LAYA: Fac et spera.

EL PICO: Lo mismo digo.

LAS FLORES: ¿Hoy hará sol?

EL GIRASOL: Sí, si me apetece.

LA REGADERA: Discúlpeme, si a mí me apetece lloverá y, si me quito la alcachofa, a cántaros.

EL ROSAL: ¡Oh, qué viento!

EL TUTOR: Aquí me tiene.

LA FRAMBUESA: ¿Por qué las rosas tienen espinas? Las rosas no se comen.

LA CARPA DEL VIVERO: ¡Así se habla! Yo misma, si pico con mis espinas es porque se me comen.

EL CARDO: Sí, pero demasiado tarde.

LA ROSA: ¿Te parezco hermosa?

EL ABEJÓN: Habría que ver las interioridades.

LA LAYA: Entra.

LA ABEJA: ¡Valor! Todos me dicen que trabajo bien. Espero que a final de mes me nombrarán jefa de departamento.

LAS VIOLETAS: Somos todas oficiales de academia.

LAS VIOLETAS BLANCAS: Razón de más para mostrarse modestas, hermanas.

EL PUERRO: Sin duda alguna. ¿Acaso yo me vanaglorio?

LA ESPINACA: Yo soy la acedera.

LA ACEDERA: No, soy yo.

LA ESCALONIA: ¡Oh, pero qué mal huele!

EL AJO: Seguro que es el clavel.

EL ESPÁRRAGO: Mi meñique me indica todas las cosas.

LA PATATA: Creo que acabo de dar a luz a mis retoños.

EL MANZANO, al Peral de enfrente: Tus peras, tus peras, tus peras... tus peras son lo que yo querría producir.

Las amapolas

Estallan entre el trigo cual ejército de soldaditos, y además de lucir un rojo más hermoso, son inofensivas.

Su espada es una espiga.

Es el viento quien las hace correr y cada amapola se entretiene, cuando le apetece, junto a un surco, con su paisano el aciano.

La viña

Todas esas vides, con sus estacas erguidas, presentan armas.

¿Qué esperan? La uva no saldrá aún este año, y las hojas de parra sólo les son de utilidad a las estatuas.

Murciélagos

El uso desgasta la noche.

No se desgasta por su parte superior, entre las estrellas. Se desgasta como un vestido que se arrastra por los suelos, entre las piedras y los árboles, hasta lo más profundo de los túneles malsanos y de las grutas húmedas.

No hay rincón alguno en el que no penetre un trozo de noche. Las espinas lo desgarran, los fríos lo agrietan, el barro lo echa a perder. Y cada mañana, cuando asciende la noche, de ella se desprenden jirones, enzarzados al azar.

Así nacen los murciélagos.

Y a este origen le deben el hecho de no poder soportar la luz del día.

Un vez se ha puesto el sol, cuando tomamos el fresco, se desenganchan de las viejas vigas de las que, letárgicas, colgaban de una garra.

Su vuelo torcido nos inquieta. Con sus alas encorsetadas y desplumadas vuelan a nuestro alrededor. Y se orientan más con sus orejas que con sus inútiles ojos heridos.

Mi amiga oculta su rostro y yo vuelvo la cabeza por temor al choque impuro.

Se dice que serían capaces de chuparnos la sangre con más ardor que el de nuestro propio amor, hasta matarnos.

¡Menuda exageración!

No son malos. Jamás nos tocan.

Son hijos de la noche y sólo detestan la luz, y con el roce de sus pequeñas chaquetillas fúnebres buscan velas que puedan apagar.

La jaula sin pájaros

Félix no entiende que se pueda tener a los pájaros prisioneros en una jaula.

—Igual que es un crimen cortar una flor —afirma— y, personalmente, sólo quiero respirarla en su tallo, los pájaros están hechos para volar.

Sin embargo, se ha comprado una jaula; la ha colgado de su ventana. En ella ha depositado un nido de guata, un plato con grano y una taza con agua pura y renovable. De ella ha colgado un trapecio y un espejillo.

Y cuando, con sorpresa, fue interrogado:

—Me congratulo ante mi generosidad —dijo—, cada vez que contemplo esta jaula. En ella podría meter a un pájaro y la dejo vacía. Si quisiera, un tordo, un pardillo pimpante, que da saltitos, o cualquier otro de nuestros variados pajarillos sería un esclavo. Pero gracias a mí, al menos uno de ellos aún es libre. Y eso ya es algo.

El canario

¿Cómo se me ocurriría comprarme ese pájaro?

El pajarero me dijo:

—Es un macho. Espere una semana a que se acostumbre y cantará.

Pero a pesar de ello, el pájaro se obstina en permanecer callado y lo hace todo al revés.

En cuanto le lleno su cuenco con grano, atrapa las semillas con el pico y las dispersa a los cuatro vientos.

Cuelgo con un cordel una galleta entre dos barrotes y sólo se come el cordel. Empuja y golpea como un martillo la galleta y la galleta acaba por caer.

Se baña en su agua pura y bebe en su bañera. Y hace sus necesidades felizmente en las dos.

Se imagina que la torta es una pasta ahí dispuesta en la que los pájaros de su especie se cons truyen el nido y ahí se acurruca instintivamente

Aún no ha comprendido para qué sirven las hojas de lechuga y se divierte destrozándolas.

Cuando finalmente coge una semilla para comérsela, da pena. Se la pasa de un lado al otro del pico, la presiona y la aplasta, y retuerce la cabeza, como un viejecillo desdentado.

Su terrón de azúcar no le sirve para nada. ¿Se trata de una piedra que sobresale, de un balcón o de una mesa poco práctica?

Prefiere los trozos de madera. Tiene dos que se superponen y se entrecruzan y me desespero al contemplarlo cómo salta. Alcanza la estupidez mecánica de un péndulo que no marcase nada. ¿Qué placer le produce saltar así, qué le impulsa a dar esos brincos ?

Cuando descansa de su lamentable gimnasia, sosteniéndose con una pata sobre un bastón que estrangula, busca con la otra pata, maquinalmente, el mismo bastón.

Al llegar el invierno, en cuanto encendemos la chimenea, cree que ya es primavera, la época de su muda, y se despoja de sus plumas.

La luz de mi lámpara disturba sus noches y desordena sus horas de sueño. Se acuesta al crepúsculo. Dejo que las tinieblas se espesen a su alrededor. ¿Acaso sueña? Bruscamente, acerco la lámpara a su jaula. Abre de nuevo los ojos. ¡Cómo! ¿Ya es de día? Y enseguida vuelve a agitarse, a bailar, a cribar una hoja, y abre su cola en forma de abanico y despliega las alas.

Pero apago de un soplo la lámpara y lamento no poder contemplar su expresión de espanto.

Pronto me canso de ese pájaro mudo que vive al revés y lo echo por la ventana... ya no sabe disfrutar de la libertad como tampoco sabe apreciar una jaula. Lo cazarán con la mano.

¡Que a nadie se le ocurra devolvérmelo!

No tan sólo no ofrezco recompensa alguna sino que juro que negaré conocer a este pájaro.

El pinzón

En un extremo del tejado de la granja canta el pinzón. Repite, a intervalos regulares, su nota hereditaria. A fuerza de contemplarlo, la vista enturbiada ya no logra distinguirlo de la granja maciza. La vida entera de esas piedras, de ese heno, de esas vigas y de esas tejas se escapa por el pico de un pájaro.

O más bien es la propia granja la que silba una tonadilla.

El nido de los jilgueros

Sobre una rama bifurcada de nuestro cerezo había un nido de jilgueros muy hermoso, redondo, perfecto, de crin por fuera y aterciopelado por dentro, en el que acababan de ver la luz cuatro pajarillos. Le dije a mi padre:

—Me gustaría llevármelos para criarlos.

Mi padre me había explicado a menudo que enjaular a un pájaro es un crimen. Pero en esta ocasión, seguramente ya fatigado de repetir la misma canción, no dio con la respuesta. Unos días más tarde le dije:

—Me parece que será muy sencillo. Primero colocaré el nido dentro de una jaula, ataré el nido al cerezo y la madre alimentará a sus pequeños a través de los barrotes, hasta que ya no la necesiten.

Mi padre no me dijo su opinión acerca de esta idea.

Así que instalé el nido dentro de una jaula, la jaula en el cerezo y sucedió lo que ya había previsto: los jilgueros adultos les llevaron en sus picos orugas a los

pequeños. Y mi padre observaba de lejos, tan entretenido como yo, sus idas y venidas floreadas, sus vuelos teñidos del rojo de la sangre y el amarillo del azufre.

Una tarde dije:

—Los pequeños son muy volanderos. Si estuvieran en libertad se irían volando. Que pasen una última noche con su familia y mañana los llevaré a casa, colgaré la jaula de mi ventana y te aseguro que no habrá en el mundo jilgueros mejor cuidados.

Mi padre no me contradijo.

Al día siguiente hallé la jaula vacía. Mi padre, allí presente, fue testigo de mi estupor.

—No soy curioso —dije—, pero me gustaría saber quién es el imbécil que ha abierto la jaula.

La oropéndola

Le digo:

—Devuélveme esa cereza inmediatamente.

—De acuerdo —responde la oropéndola.

Devuelve la cereza y, con la cereza, las trescientas mil larvas de insectos dañinos que se traga durante un año.

El gorrión

Sentado bajo los avellanos del jardín, escucho los ruidos que cualquier árbol que no sea desconfiado hace con sus hojas, sus insectos y sus pájaros.

Silencioso, inanimado al acercarnos a él, revive en cuanto cree que ya no estamos allí porque, como él, nos mantenemos en silencio.

Tras la visita de un jilguero, que revolotea entre los avellanos, picotea algunas hojas y vuelve a marcharse sin apercibirme, llega un gorrión y se posa en una rama sobre mi cabeza.

A pesar de ser muy volandero, debe de ser joven. Ase la rama con sus patas, no se mueve, como si el vuelo lo hubiera fatigado, y pía con su pico tierno. No puede verme y lo contemplo durante un buen rato. Luego me veo obligado a desentumecerme. Al moverme, el gorrión apenas despliega sus alas y vuelve a cerrarlas sin dar muestras de inquietud.

No sé por qué, pero me levanto, maquinalmente, y con los labios casi cerrados y con una mano tendida, lo llamo.

El gorrión, con vuelo torpe, desciende de su rama hasta mi dedo.

Me emociono cual hombre que descubriera que posee un encanto hasta el momento ignoto, como un soñador que al azar sonriera a una mujer desconocida y la viese sonreír.

El gorrión confiado bate sus alas para mantener el equilibrio sobre mi dedo y su pico está dispuesto a tragarse cualquier cosa.

Al disponerme a mostrárselo a la familia, que seguramente se quedará maravillada, nuestro vecinito Raoul, que parecía estar buscando algo, viene hacia mí corriendo:

—¡Ah! ¿Lo ha atrapado?

—Sí, camarada, ¡yo sé cómo hay que cazarlos!

—Se ha escapado de su jaula —dice Raoul—, y lo estoy buscando desde esta mañana.

—¿Qué me dices? ¿Es el tuyo?

—Sí, señor. Hace ya ocho días que lo estoy criando. Empieza a volar lejos y está amaestrado.

—Aquí tienes tu gorrión, Raoul; pero no permitas que se escape de nuevo o te estrangularé: ¡me da unos sustos!

Las golondrinas

I

Cada día me dan una lección.

Puntean el aire con grititos.

Trazan una línea, ponen una coma en el extremo y, bruscamente, hacen punto y aparte.

Colocan entre locos paréntesis la casa en la que vivo.

Son demasiado vivaces para que el estanque del jardín pueda hacer una copia de su vuelo y ascienden del sótano a la buhardilla.

Con una pluma de ala ligera dan forma a inimitables párrafos.

Luego, de dos en dos, abrazadas, se unen, se entremezclan y sobre el azul del cielo derraman una mancha de tinta.

Sin embargo, el ojo de un amigo sólo puede seguirlas, y si vosotros sabéis latín y griego, yo sé leer el hebreo que en el aire escriben las golondrinas de las chimeneas.

II

EL PINZÓN: La golondrina es estúpida: cree que una chimenea es un árbol.

EL MURCIÉLAGO: Y no hay discusión posible, de nosotros, ella es la que peor vuela: de día no hace más que equivocarse de camino; si volase de noche, como yo, se partiría la crisma cada dos por tres.

III

Una docena de golondrinas de culo blanco se cruzan bajo mi vista con un ardor inquieto y silencioso, en un espacio limitado como una pajarera. Ante mis narices tiene lugar el rápido tejer de unas obreras apresuradas.

¿Qué buscan, desconcertadas, en el aire cribado por su vuelo? ¿Piden refugio? ¿Quieren despedirse de mí? Inmóvil, siento el frescor de los soplos ligeros, y temo, espero, un encontronazo en el que se romperán dos de esas locas. Empero, con sorprendente habilidad, desaparecen de golpe sin haber chocado entre ellas.

La urraca

I

Aún le queda, del último invierno, un poco de nieve.

Brinca con los pies juntos por el suelo y luego, con un vuelo recto y mecánico, se dirige a un árbol.

A veces falla y sólo logra detenerse en el árbol vecino.

Es ordinaria, y tanto se la desdeña que parece inmortal, no calla desde la mañana hasta la noche, e insoportable con su chaqué, es el más francés de nuestros pájaros.

II

LA URRACA: Cacacacacaca.

LA RANA: Pero ¿qué dice?

LA URRACA: No digo nada, canto.

LA RANA: ¡Cuac!

EL TOPO: ¡A callar, ahí arriba! ¡Ya no se puede ni siquiera trabajar!

El mirlo

I

En mi jardín hay un viejo nogal casi muerto que asusta a los pajarillos. Únicamente un pájaro negro habita entre sus últimas hojas.

El resto del jardín, sin embargo, está lleno de jóvenes árboles floridos en los que viven pájaros alegres, vivos y de todos los colores.

Y parece que esos jóvenes árboles se ríen del viejo nogal. A cada instante le lanzan, como si fuera un improperio, una bandada de pájaros parlanchines.

Unos tras otros, gorriones, estorninos, paros y pinzones lo acosan. Baten con sus alas las puntas de sus ramas. El aire crepita con sus gritos menudos; luego huyen, y otra molesta bandada parte de los jóvenes árboles.

Se mofan, pían, silban y se desgañitan tanto como pueden.

Así, del alba al crepúsculo, gorriones, estorninos, paros y pinzones se escapan como insultos de los jóvenes árboles hacia el nogal.

Pero a veces éste se impacienta, sacude sus últimas hojas, deja escapar su pájaro negro y responde:

—¡Mierda! *(1)*

II

EL ARRENDAJO: ¡Siempre vestido de negro, bicharraco!

EL MIRLO: Señor subprefecto, sólo tengo este traje.

1. En francés, las palabras merle (mirlo) y merde (mierda) son prácticamente homófonas. (N. del T)

El loro

¡No está mal! Y en aquellos tiempos en los que los animales no hablaban hasta tenía mérito, pero en nuestros días cualquier animal tiene talento.

La alondra

I

Jamás he visto una alondra y me despierto rutilante con la aurora. La alondra no es un pájaro de la tierra.

Desde esta mañana, rebusco entre los terrones y las hierbas secas.

Bandadas de gorriones grises o de jilgueros de vivos colores flotan sobre los setos de espinos.

El arrendajo pasa revista a los árboles vestido con traje oficial.

Una codorniz pasa rasante sobre la alfalfa y traza con el tendel la línea recta de su vuelo.

Tras el pastor que hace punto mejor que una mujer, los corderos se siguen unos a otros y se reúnen.

Y todo se impregna de una luz tan nueva que hasta el cuervo, que nada bueno augura, despierta una sonrisa.

Pero escuchad como escucho yo.

¿Oís en algún lugar, allá arriba, majar trozos de cristal en una copa de oro?

¿Quién puede decirme dónde canta la alondra?

Si miro al cielo, el sol me quema los ojos.

Debo renunciar a verla.

La alondra vive en el cielo, y es el único pájaro del cielo que canta hasta nosotros.

II

Cae, borracha como una cuba, por haberse metido de nuevo en el ojo del sol.

El martín pescador

Esta tarde no han picado, pero regreso con una rara emoción.

Cuando sostenía mi caña tendida, un martín pescador se ha posado sobre ella.

No hay otro pájaro tan maravilloso.

Parecía una gran flor azul en el extremo de un largo tallo. La caña se doblegaba bajo su peso. Yo contenía la respiración, orgulloso al ver que un martín pescador me había tomado por un árbol.

Y estoy convencido de que no alzó el vuelo por temor sino que creyó que no hacía más que pasar de una rama a otra.

El gavilán

Primero describe círculos sobre el pueblo.

No era más que una mosca, una mota de hollín.

Aumenta de tamaño a medida que su vuelo se estrecha.

A veces permanece inmóvil. Las aves dan muestras de inquietud. Las palomas regresan a los tejados. Una gallina, con un breve grito, llama a sus polluelos, y se puede oír cacarear a las ocas vigilantes de un corral a otro.

.

El gavilán duda y planea a la misma altura. Quizá sólo le tiene ganas al gallo delcampanario.

Parece que cuelgue del cielo, de un hilo.

Bruscamente se rompe el hilo y cae el gavilán, que ya ha escogido a su víctima. Es el momento del drama aquí abajo.

Pero, para sorpresa de todos, se detiene antes de llegar al suelo, como si le faltara peso, y remonta el vuelo impulsándose con un golpe de ala.

Ha visto que lo observo desde mi puerta y que oculto, a mi espalda, algo largo que brilla.

El aguzanieve

Corre tanto como vuela y siempre entre nuestras piernas, familiar, inconquistable, y con sus grititos nos desafía a pisarle la cola.

El arrendajo

El subprefecto en el campo.

El cuervo

I

El acento grave sobre el surco.

II

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

—Nada.

III

Pasan los cuervos bajo un cielo bajo sin costuras. De repente uno de ellos, que marcha a la cabeza, disminuye su velocidad y traza un gran círculo. Los demás giran tras él. Parece que bailen una ronda, aburridos del camino, y hagan monerías con sus alas tendidas como las tablas de una falda.

A un pájaro anunciaba el cuervo
La pronta llegada de una desgracia
He cogido mi escopeta y he matado al cuervo.
No se había equivocado.

Las perdices

La perdiz y el labriego viven en paz, él tras su carro, ella en la alfalfa vecina, a la distancia que ambos necesitan para no molestarse mutuamente. La perdiz conoce la voz del labriego y no le teme cuando grita o maldice.

Aunque chirríe el carro, tosa el buey o brame el asno, sabe que no ocurre nada.

Y esa paz dura hasta que yo la interrumpo.

Llego yo y la perdiz alza el vuelo, el labriego está intranquilo y también el buey y el asno. Disparo y, con el estrépito provocado por un latoso, toda la naturaleza se desordena.

Esas perdices las levanto primero en un rastrojo, luego las levanto en un campo de alfalfa, luego las levanto en un prado, después junto a un seto; más tarde en un rincón del bosque, luego...

Y de repente me detengo, sudado, y exclamo: —¡Qué salvajes! ¡Cómo me hacen correr!

A lo lejos me ha parecido ver algo al pie de un árbol, en medio del prado.

Me acerco al seto y miro por encima de éste.

Me parece que el cuello de un pájaro se yergue a la sombra del árbol. Inmediatamente se acelera el latir de mi corazón. Entre esa hierba no puede haber más que perdices. Con una señal familiar, la madre, al oírme, las ha hecho tumbarse en el suelo. Ella también se ha agachado. Sólo su cuello permanece

tieso, y vigila. Pero dudo, puesto que el cuello no se mueve y temo equivocarme y disparar contra una raíz.

Aquí y allá, junto al árbol, unas manchas amarillas, que pueden ser perdices o terrones, acaban por enturbiarme la vista.

Si hago que las perdices alcen el vuelo, las ramas del árbol me impedirán dispararles en el aire así que prefiero, por disparar en el suelo, cometer lo que los cazadores serios llaman un asesinato.

Pero aquello que me parece un cuello de perdiz sigue sin moverse.

Espío durante un buen rato.

Si se trata realmente de una perdiz, es de admirar por su inmovilidad y su vigilancia, y las demás por su manera de obedecerla se merecen a tal guardiana. Ni una de ellas se mueve.

Preparo una estratagema. Me escondo tras el seto y dejo de observar pues igual que yo puedo verla, ella puede verme.

En ese momento todos somos invisibles, envueltos por un silencio mortal.

Luego, de nuevo, vuelvo a observar.

¡Oh! ¡Esta vez estoy seguro! La perdiz ha creído que yo había desaparecido. Ha alzado el cuello y el movimiento que hace para encogerlo la denuncia.

Apoyo lentamente en el hombro la culata de mi escopeta...

Por la noche, cansado y ahíto, antes de amodorrarme en un sueño abundante en caza, pienso en las perdices que he cazado durante todo el día e imagino la noche que estarán pasando.

Están enloquecidas.

¿Por qué algunas no han respondido a la llamada?

¿Por qué algunas sufren y, picoteando sus heridas, no se tienen en pie?

¿Por qué las han asustado a todas?

En cuanto se posan, en ese mismo instante, la que vigila da la señal de alarma. Tienen que marcharse, abandonar la hierba o el rastrojo.

No hacen más que huir y se asustan incluso de aquellos ruidos a los que estaban acostumbradas.

Ya no retozan, ni comen, ni siquiera duermen.

No entienden nada.

Si la pluma que cayera de una perdiz herida fuera a clavarse por sí misma en mi sombrero de orgulloso cazador, no me parecería exagerado.

En cuanto llueve mucho o hace un tiempo demasiado seco, en cuanto mi perro ya no puede oler, yo fallo mis disparos y las perdices se vuelven inalcanzables, me considero en estado de legítima defensa.

Hay pájaros, como la urraca, el arrendajo, el mirlo o el tordo, contra los cuales un cazador que se respete no lucha, y yo me respeto.

¡Sólo me gusta medirme con las perdices!

¡Son tan astutas!

Entre sus astucias se cuenta la de marcharse desde lejos, pero se las puede atrapar y aplicarles una corrección.

Esperan también a que el cazador haya pasado, pero tras él alzan el vuelo y él se vuelve.

Se ocultan en un profundo campo de alfalfa, pero hacia ahí se dirige directamente el cazador.

O dan un rodeo en su vuelo, pero así se aproximan.

También corren en vez de volar, y corren más raudas que el hombre, pero ahí está el perro.

Y se llaman entre ellas en cuanto se las divisa, pero así llaman también al cazador y a éste nada le parece más agradable que su canto.

Esa pareja de jóvenes comenzaba a vivir por su propia cuenta. Las sorprendí al atardecer junto a un campo arado. Alzaron el vuelo tan estrechamente unidas, ala con ala si se me permite decirlo así, que el disparo que mató a una abatió también a la otra.

Una no vio ni sintió nada, pero la otra tuvo tiempo de ver a su compañera muerta y de sentir cómo ella misma agonizaba junto a aquélla.

Ambas dejaron un poco de amor, un poco de sangre y unas plumas sobre la misma tierra.

Cazador, has matado dos pájaros de un tiro: anda a contárselo a tu familia.

Aquellas dos viejas del año pasado cuya nidada había sido destruida se amaban tanto como las jóvenes. Siempre las veía juntas. Tenían gran habilidad para evitarme y no me encarnizaba persiguiéndolas. Si maté a una de ellas fue por azar. Y a continuación busqué a la otra para matarla, a ella también, ¡por piedad!

Ésta tiene una pata rota que cuelga como si la sostuviera yo por un hilo.

Aquélla sigue primero a las demás hasta que sus alas la abandonan; cae y corretea; corre tanto como puede delante del perro, ligera y con medio cuerpo fuera del surco.

Ésta ha recibido un perdigón en la cabeza. Se separa de las demás. Apunta hacia el aire, atolondrada, sube más arriba de los árboles, más alto que el gallo del campanario, hacia el sol. Y el cazador, angustiado, la pierde de vista y, de repente, cede al fin al peso de su pesada cabeza. Repliega las alas y va a incrustarse con el pico en el suelo, allá abajo, como una flecha.

Otra cae, sin decir ni pío, como el trapo que se arroja frente al hocico del perro para entrenarlo.

Esa, con el disparo, oscila como una barquita y zozobra.

No se sabe por qué ha muerto ésa, tan secreta es la herida bajo sus plumas.

Raudo guardo ésta en mi zurrón, como si tuviera miedo de que me vieran, de verme a mí mismo.

Sin embargo, debo estrangular a esa que no quiere morir. Entre mis dedos araña el aire, abre el pico, su fina lengua palpita y sobre los ojos, dice Homero, desciende la sombra de la muerte.

Allá abajo el campesino alza la cabeza al oír mi disparo y me observa.

Es un juez, ese trabajador; se dispone a hablarme; me avergonzará en un tono de voz grave.

No: a veces es un campesino celoso que rabia por no poder cazar como yo, y a veces es un noble campesino al que divierto y que me indica adonde han ido mis perdices.

Nunca es el intérprete indignado de la naturaleza.

Regreso por la mañana, tras cinco horas de marcha, con el zurrón vacío, cabizbajo y sintiendo el peso de la escopeta. Hace un bochorno que presagia tormenta y mi perro, derrengado, me precede, con pasos cortos, siguiendo los setos y a menudo se sienta a la sombra de un árbol y ahí me espera. De repente, al atravesar un campo de alfalfa fresca, cae o más bien se tumba: es una parada firme, con una inmovilidad de vegetal. Sólo le tiemblan los pelos del extremo de

la cola. Juraría que hay perdices justo frente a él. Están ahí, pegadas las unas a las otras, al abrigo del viento y del sol. Ven al perro, me ven a mí, quizás incluso me reconocen y, aterrorizadas, no osan marcharse.

Me libro de mi modorra y ya estoy dispuesto, y espero.

Mi perro y yo no seremos los primeros en movernos.

Bruscamente y a la vez, las perdices se marchan: todavía pegadas las unas a las otras, como si fueran sólo una, y disparo mi escopeta cual puñetazo contra ese garbullo. Una de ellas, noqueada, hace una pirueta. El perro se abalanza sobre ellas y me trae un jirón ensangrentado, media perdiz. El puñetazo ha hecho desaparecer el resto.

¡Vamos! ¡No hay que volver de cazar con las manos vacías! El perro da brincos y yo me pavoneo orgullosamente.

¡Ah, cómo me merecería un buen perdigonazo en el culo!

La chocha

I

De aquel sol de abril sólo quedaban brillos rosados en las nubes que ya no se movían, como si hubieran llegado a su destino.

La noche ascendía desde el suelo y nos cubría poco a poco en el claro estrecho en el que mi padre esperaba a las chochas.

De pie junto a él, sólo alcanzaba a distinguir netamente su figura. Era más alto que yo, y casi no me veía, y el perro resoplaba invisible a nuestros pies.

Los tordos se apresuraban a regresar al bosque en el que el mirlo lanza su grito gutural, esa especie de relincho que constituye una orden dirigida a todos los pájaros para que callen y duerman.

La chocha pronto abandonaría su refugio de hojas secas y alzaría el vuelo. Cuando hace buen tiempo, como aquella noche, se entretiene antes de dirigirse al llano. Da vueltas por el bosque y busca una compañera. Por su débil llamada se puede saber si se aproxima o se aleja. Pasa con vuelo pesado entre los gruesos

robles y su largo pico cuelga tan bajo que parece que se pasee por el aire con un bastoncito.

Mientras yo escuchaba y observaba en todas direcciones, mi padre bruscamente disparó, pero no siguió al perro que se abalanzaba.

—¿Has fallado? —le dije.

—No he disparado —respondió—. Se me ha disparado la escopeta entre las manos.

—¿Sola?

—Sí.

—¡ Ah! Quizás habrá sido una rama...

—No lo sé.

Podía oírle extraer el cartucho vacío.

—¿Cómo la sostenías?

¿Acaso no me había comprendido?

—Te pregunto hacia qué lado tenías el cañón.

A la vista de que no me respondía, no me atreví a seguir preguntando. Finalmente le dije:

—Habrías podido matar... al perro.

—¡Vamonos! —dijo mi padre.

II

Esta tarde, después de la fina lluvia caída, hace una temperatura muy agradable. Partimos hacia las cinco, llegamos al bosque y caminamos sobre las hojas hasta que se pone el sol.

El perro multiplica sus leguas de perro en el monte bajo. ¿Acaso husmea a las chochas?

Poco le importa al cazador, si es poeta.

Al llegar el cuarto de hora de la caza de la chocha, uno se sitúa siempre demasiado pronto, al pie de un árbol, en el confín de un claro. El vuelo rápido de los tordos y los mirlos roza el corazón. El cañón de la escopeta se mueve impaciente. ¡Cada ruido constituye una emoción! Zumban los oídos y se nubla la vista, y el momento pasa tan deprisa... que ya es demasiado tarde.

Las chochas ya no alzarán el vuelo esta noche.

¡Ahí no puedes dormir, poeta!

Regresa; toma el atajo, para evitar la noche, por los prados húmedos, donde tus zapatos aplastan las blandas chabolas de los topos; regresa a tu hogar, al calor, a la luz, sin remordimientos por no tener una chocha... a menos que te espere una chocha en casa.

Una familia de árboles

Doy con ellos tras haber atravesado un llano ardiente de sol.

No viven junto al camino a causa del ruido. Habitan en los campos sin cultivar, encima de una fuente que sólo los pájaros conocen.

Desde lejos parecen impenetrables. En cuanto me aproximo, sus troncos se separan. Me acogen con prudencia. Puedo descansar y refrescarme pero adivino que me observan y desconfían.

Viven en familia, los más viejos en el medio y los pequeños, aquellos cuyas hojas acaban de nacer, un poco por todas partes, pero no muy alejados de los demás.

Tardan mucho en morirse y mantienen a los muertos en pie hasta que caen convertidos en polvo.

Se toquetean con sus largas ramas para asegurarse de que todos están allí, como hacen los ciegos. Gesticulan encolerizados si el viento sopla y sopla para arrancarlos de raíz. Pero entre ellos no hay disputas. Sólo murmuran para manifestar su acuerdo.

Siento que deben de ser mi verdadera familia. Pronto olvidaría a la otra. Quizá me adoptarán poco a poco, y para merecerlo aprendo cuanto hay que saber:

Ya sé mirar cómo pasan las nubes.

También sé quedarme quieto.

Y casi sé permanecer callado.

El fin de la temporada de caza

Es un día pobre, gris y corto, como roído por sus dos extremos.

Hacia mediodía, el sol huraño trata de rasgar la bruma y entreabre un ojo pálido que inmediatamente vuelve a cerrar.

Camino al azar. Mi escopeta es inútil y el perro, por lo general muy alocado, no se aparta de mí.

El agua del río es tan transparente que hiere: si uno sumergiera en ella los dedos, cortaría como un cristal roto.

En el rastrojo aparece a cada uno de mis pasos una alondra embotada. Se reúnen, se arremolinan y su vuelo apenas sacude el aire helado.

Más allá, congregaciones de cuervos desentierran semillas del otoño.

Tres perdices se recortan en medio de un prado cuya hierba rasa ya no las cobija.

¡Cuánto han crecido! ¡Ahora son verdaderas señoras! Escuchan, inquietas. Las he visto perfectamente pero las dejo en paz y me alejo. Y en algún lugar, sin duda, una liebre que temblaba se tranquiliza y vuelve a asomar el hocico en su madriguera.

A lo largo de este seto —aquí y allá una última hoja bate el ala como un pájaro cuya pata estuviera aprisionada—, un mirlo huye al aproximarme, se esconde más lejos, luego reaparece bajo el hocico del perro y, sin riesgo alguno, se burla de nosotros.

Poco a poco la niebla se espesa. Me siento perdido. Mi escopeta ya es sólo, entre mis manos, un bastón que puede estallar. ¿De dónde surgen ese vago rumor, ese balido, esas campanadas, ese grito humano?

Hay que regresar. Por un camino ya borrado vuelvo al pueblo. Sólo él conoce su nombre. Lo habitan humildes campesinos que nadie acude a visitar excepto yo.

Luna nueva

Crece la uña de la luna.

El sol ha desaparecido. Te vuelves: la luna está ahí. Te seguía, sin decir palabra, modesta y paciente imitadora.

La luna exacta ha regresado. El hombre esperaba, con el corazón comprimido en las tinieblas, y está tan contento de volverla a ver que ya no recuerda qué quería decirle.

Gruesas nubes blancas se aproximan a la luna llena como osos a un pastel de miel.

El soñador se fatiga contemplando la luna sin agujas y que no marca nada, nunca nada.

De repente uno se siente mal. Es la luna que se aleja y se lleva nuestros secretos. En el horizonte aún puede verse la punta de su oreja.

INDICE

PRÓLOGO: El bestiario de Renard,
por Ignacio Vidal-Folch 7
El cazador de imágenes 21
La gallina 24
Gallos 27
Patos 31
Pavas 35
La pintada 37
La oca 39
Las palomas 41
El pavo real 45
El cisne 47
El perro 51
Los perros 53
Dédéche ha muerto 56
El gato 62
La vaca 63
La muerte de Negrita 65
El buey 71
El toro 73
Las moscas de agua 77
La yegua 79
El caballo 81
El asno 85
El cerdo 87
El cerdo y las perlas 89
Los borregos 91
La cabra 94
El chivo 95
Los conejos 99
La liebre 101
El lagarto 105

El lagarto verde 106
La culebra 107
La comadreja 108
El erizo 109
La serpiente 110
El gusano 111
Las ranas 112
El sapo 115
El saltamontes 117
El grillo 119
El escarabajo 121
La luciérnaga 122
La araña 123
El abejorro 125
Las hormigas 126
El caracol 128
La oruga 131
La pulga 133
La mariposa 134
La avispa 135
La libélula 136
La ardilla 137
El ratón 139
Monos 141
El ciervo 143
El gobio. 146
El lucio 148
La ballena 149
Peces 150
En el huerto 156
Las amapolas 158
La viña 159
Murciélagos 160
La jaula sin pájaros 162
El canario 164

El pinzón 167
El nido de jilgueros 168
La oropéndola 170
El gorrión 171
Las golondrinas 174
La urraca 177
El mirlo 179
El loro 181
La alondra 182
El martín pescador 184
El gavilán 185
El aguzanieve 188
El arrendajo 189
El cuervo 190
Las perdices 192
La chocha 201
Una familia de árboles 205
El fin de la temporada de caza 207
Luna nueva 209

La paginación del índice corresponde a la edición de Random House Mondadori , S.A. (DeBolsillo), 2008

Edición Digital: Getino, 2010